

la noria



No. 13 SANTIAGO DE CUBA 2017

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

REGINO E. BOTI



nla noria

Revista Literaria semestral no. 13
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2017
Coauspiciada por la
Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)
Oscar Cruz (Edición)
Javier L. Mora (Corrección)
Gabriel Cascante (Diseño)
Gustavo Wojciechowski (Logo)

Consejo editorial:

Reina María Rodríguez
Reyna Gretchen Menéndez Rivas
Jamila Medina Ríos
Ángel Pérez

Encuadernación:

Equipo de Ediciones Santiago

Redacción:

Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”
Enramadas # 356 e/ Carnicería y San Félix
Santiago de Cuba
Teléfono: [53] (22) 62 5907
Correos electrónicos:
oscaroilan@gmail.com
marabuzalo3@gmail.com

ISSN: 2077-8422

Fabiano Calixto; Adelaide Ivánova; Tarso de Melo / Marcelo Lotufo; Carolina Tobar	2
Osdany Morales	15
José Ramón Sánchez	31
Abel Fernández Larrea	33
Jean-Michel Espitallier/ Oscar Cruz	43
Lizabel Mónica	46
Azahara Palomeque	55
Nadia Gómez	60

Tres poetas brasileños

Selección e introducción: Marcelo Lotufo
(São Paulo, 1987)

Traducción: Carolina Tobar
(Ciudad de Guatemala, 1989)

Una selección es siempre una selección. Y esta, en particular, es bastante corta: 3 poetas brasileños. No tiene, así, la pretensión de ser representativa de la poesía que se produce en Brasil hoy. Tiene, sin embargo, la voluntad de ser representativa del momento que atraviesa el país. Si algo une esta selección de poemas es la mirada crítica de los poetas hacia su entorno y la insatisfacción con la que lo ven. Mi esperanza es que, tal vez a través de la poesía, podamos comenzar a pensar y entender un poco más el retroceso en que se está dirigiendo Brasil. Parece que andamos para atrás. O, que en el fondo, nunca salimos del mismo lugar. Las mismas élites, los mismos hombres blancos y viejos en el poder, repitiendo tácticas y vicios del pasado; poniendo a todos en peligro para alimentar sus propios egos y ambiciones; amenazando al planeta con cataclismos ambientales y nucleares; matando indígenas y negros para agradar a sus financistas; eliminando los derechos de los trabajadores, oprimiendo a mujeres. Para quienes tienen memoria, los tiempos tienen un aire de *déjà-vu*.

La poesía de Fabiano Calixto, Tarso de Melo y Adelaide Ivánova, de diferentes formas no deja pasar en blanco los absurdos del día a día y nos invita a observar el mundo y gritar; a luchar para que no dejemos que el mal se convierta en una banalidad. Leerlos, leer poesía, es un aliento y un deber, ya que en tiempos como este la voluntad —y el peligro— es de ausentarse. La solución entonces es continuar gritando; continuar luchando. Para saber que no estamos solos, es necesario buscar diálogos, sea en Brasil, sea en Cuba. Este es el espíritu de la literatura; y es este, espero, el espíritu de esta selección.

Fabiano Calixto (Garanhuns, 1973)

Un paisaje de São Paulo

antes de la lluvia, el mendigo
ya estaba muerto

(una flor sucia —pétalos
desplomándose de la camiseta— su

única corona)
antes de la muerte

el viaducto ya repleto
antes de la inundación

la boca ya estaba llena
de sangre, de hormigas,

de
granizo

Pedazos de esqueleto

/ si rompo con mis sueños / y solo queda el tedio horroroso, / la decrepitud, la tristeza infinita / el estiércol (en la vida, en la escritura) / ninguna vía. de seguros / va a cubrir las pérdidas / entonces, / mando a la mierda toda la mierda/ vuelvo a dibujar el trazo de la boca/ pongo una sonrisa linda para el mundo / respiro profundo, voy con todo / porque es así (y solo así) que se tiene que ir // la av. Paulista corriendo es tan graciosa / parece una cobra de *marshmallow* / un viaje de ácido / una anguila electrocutando la lengua / las miradas, los collares, demasiado tristes / estupefactos, aceitosos, cobardes y sin razón / escarbando la ciudad tras de un centavo / o de un millón / pobres diablos y diablos ricos hasta arrastrarse / de cuadra en cuadra / unos con aire acondicionado, mp3, Honda, / apartamento amueblado, clases de inglés / otros no / la gente que tiene / helipuerto / vino de Oporto / trabaja en el Huerto / no pasa hambre ni muerto / y la gente que / disfraz a disfraz / gana apenas lo necesario / para envidiar /

guaifenesina dextrometorfano

garganta que late, áspera
 piedra nocturna — *vivir triste*, asfixiado,
una eternidad roja. (hoja de navaja
 enrojecida); paisaje (rojo-
 azafrán) que el viento dice, aguda; (escarlata,
 sangre-de-dragón, noche sanguínea,
 rubí, tierra donde guitarras-en-punteo,
 donde, armoniosos, los labios de las muchachas—
 por cierto, donde los labios de las muchachas: dos
 incendios); la voz que no sale, el brazo
 que no abre el cuerpo del libro, el poema
 que no se deja leer, que se cierra a los ojos,
 el sueño que cesa asustado del sudor.
 (pargo-rojo; carmesí, riñones;
 tachadura de moras; sangre, sin explicación).
 —palabras atropelladas por estrellas—,
 insomne, insípido, sin destreza,
 oigo las campanas sonar a lo lejos, pienso
 en Maurício y Teresinha, en Londres,
 imagino la calma turbulenta de las manos de
 Sylvia Plath escribiendo en su diario:
 “Soy yo misma. No es suficiente”.

Siete asaltos

1. Lápiz leve
 (de una prosa con Carlito en Goyaz Velho)

“hay unas personas
 que parecen un absurdo”

2. *¿Puedes ser o estás de Chico Alvim?*
 (después de una hora y media en la parada del bus)

—¡Vida desgraciada del carajo! ¡¡Qué cosa más sufrida!!

3. *Reencuentro*
 (de un e-mail grupal de Leonel)
 ¡Pero será Benedito!
 No, apenas Calixto...

4. *El sobreviviente*
 (una posible conversación con Corsaletti)

el mundo es dos peces que cantan
 de las aves entre montañas nevadas
 dos hombres flacos

5. *Poética*
 (de una conversación con Zular)

Alguien necesita
 avisarle a aquel poeta
 que Santa Cecilia no es Itabira

6. *¿Por qué escribes poesía?*
 (de una entrevista de Joaquim con canción de Adriana)

para incomodar a los imbéciles
 para no ser aplaudido
 para vivir al borde del abismo
 para correr el riesgo
 para que conocidos y desconocidos se deleiten
 porque oí *The long and winding road*
 para insultar a los arrogantes y poderosos cuando están como cachorros
 [dentro del agua en lo oscuro del poema
 porque de otra forma la vida no vale la pena

7. *Canto*
 (de un collage en el baño de Espaço Satyros, SP)

Haga una pausa

¡Encántese!

Sin título o Fragmentos líquidos

reptil, este río (espejo
de espasmos) se arrastra
dentro de sí.

este, bajo el sol de esta hora
convulsiva. día sin encanto
o esquinas.

río indigente
aborto
de esta urbe.

(este, adiós a
la pequeña villa
que lo muele).

...

el río,
este, cadáver
líquido.

Niño

rostro maquillado con
sombra. no la que

se le escapa al cuerpo.
otra sombra, por dentro,

gouache de llanto
en colores-hematoma.

rostro bajo el golpe,
bajo el caño de la

aldea. catedral densa
de cólicos. célula de niebla.

sobrio como la pálida muerte
dentro de la espalda. un dentro

vacío. último estallido. (sol de mediodía).
suspiro contenido. útero de un tiro.

paisagem de São Paulo

antes da chuva, o mendigo/ já estava morto // (uma flor suja-
pétalas/ despencando da camiseta-sua// única coroa)/ antes
da morte// o viaduto já abarrotava/ antes da enchente// a
boca já estava cheia/ de sangue, de formigas,// de/ granizo

pedaços de esqueleto

/ se eu quebrar com meus sonhos / e só restar o tédio medon-
ho, / a decrepitude, a tristeza infinita / o monturo (na vida, na
escrita) / nenhuma cia. de seguros / vai arcar com o prejuízo
/ então, / dou um basta à bosta toda/ redesenho o traço da
boca / deito um sorriso lindo para o mundo / respiro fundo,
vou com tudo / porque é assim (e só assim) que se tem que
ir // a av. Paulista correndo é tão engraçada / parece uma
cobra de marshmallow / uma viagem de ácido / uma enguia
eletrocutando a língua / os olhares, os colares, tristes demais
/ estupefatos, oleosos, covardes e sem razão / a cavoucar a
cidade atrás de um tostão / ou de um milhão / pobres diabos
e diabos ricos a rastejar / quarteirão a quarteirão / uns com ar
condicionado, mp3, Honda, / apartamento mobiliado, aulas
de inglês / outros não / a gente que tem / heliporto / vinho do
Porto / trabalha no Horto / não passa fome nem morto / e a
gente que / disfarce a disfarce / ganha apenas o necessário /
para endividar-se /

guaifenesina dextrometorfano

garganta que lateja, áspera/ pedra noturna – viver triste, asfi-
xiado,/ uma eternidade vermelha. (aço de navalha/ enrubes-
cido); paisagem (vermelho-de-/ açafraão) que o vento diz, oxí-
tona; (rubro,/ sangue-de-drago, noite sangüínea,/ rubi, terra
onde violas-em-ponteio,/ onde, canoros, os lábios das moças
–/ aliás, onde os lábios das moças: dois/ incêndios); a voz
que não sai, o braço/ que não abre o corpo do livro, o poema/
que não abre o corpo do livro, o poema/ que não se deixa ler,
que se fecha aos olhos,/ o sono que cessa assustado de suor./
(pargo-vermelho; carmesim; sins;/ rasura de amoras; san-
gue, sem explicação)./ – palavras atropeladas por estrelas –,/
insone, inosso, sem jeito,/ ouço sinos tocarem longe, penso/
em Maurício e Teresinha, em Londres./ imagino a calma tur-
bulenta das mãos de/ Sylvia Plath escrevendo em seu diário:/
“Sou eu mesma. Não é o bastante.”

sete assaltos

1. *Lápis leve/ (de uma prosa com Carlito em Goyaz Velho)//*
“tem umas pessoas/ que parecem um absurdo”//
2. *Pode ser ou está de Chico Alvim?/ (depois de uma hora e*
meia no ponto de ônibus)// – Vida desgraçada do caralho!
Coisa mais lazarenta!!!/ 3. *Reencontro/ (de um e-mail coletivo*
do Leonel)// Mas será o Benedito!/ Não, apenas o Calixto...//
4. *O sobrevivente/ (uma possível conversa com Corsaletti)//*
o mundo é dos peixes que cantam/ das aves entre montanhas
nevadas/ dos homens magros// 5. *Poética/ (de uma conversa*

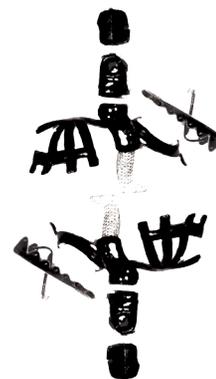
com Zular)// Alguém precisa/ avisar àquele poeta/ que a San-
ta Cecília não é Itabira// 6. *Por que você faz poesia?/ (de uma*
entrevista de Joaquim com canção de Adriana)// para cha-
tear os imbecis/ para não ser aplaudido/ para viver à beira do
abismo/ para correr o risco/ para que conhecidos e descon-
hecidos se deliciem/ porque ouvi *The long and winding road/*
para insultar os arrogantes e poderosos quando ficam/ [como
cachorros dentro d’água no escuro do poema/ porque de ou-
tro jeito a vida não vale a pena// 7. *Canto/ (de uma colagem*
no banheiro do Espaço Satyros, de SP)// Faça uma pausa//
Encante-se!

Sem título ou Fragmentos líquidos

réptil, este rio (espelho/ de espasmos) rasteja/ dentro de si./
este, ao sol desta hora/ convulsiva. dia sem encanto/ ou qui-
na./ rio indigente/ aborto/ desta urbe./ (este, adeus à/ peque-
na vila/ que o esmerilha)./ .../ o rio,/ este, cadáver/ líquido.

Criança

rosto maquiado com/ sombra. não a que// escapa-lhe ao cor-
po./ outra sombra, por dentro, // guache de pranto/ em co-
res-hematoma.// rosto sob o soco,/ sob o esgoto da// aldeia.
catedral densa/ de cólicas. cela de névoas.// sóbrio como a
pálida morte/ dentro do dorso. um dentro// vazio. último es-
talo. (sol a pino)./ suspiro contido. útero de um tiro.



Adelaide Ivánova (Recife, 1982)

el broche

la mujer de burka
entró al metro
atrás del marido
la mujer de burka
necesitó apenas
llegar para ser
espectacular
la mujer de burka
me sorprende, me sorprende
que se establezca
que una mujer
deba usar la burka.

*

intenté decorar
un poema para
la mujer de burka
que me vino a la mente
cuando intentaba
no observarla
esa es al final
la función de la burka
y como ella debe
ser considerada
la burka se hizo
más grande que la mujer.

*

suceden muchas
cosas en el metro
suceden muchas
cosas en alemania

pero nadie se ve
ni en alemania

ni en el metro
a la mujer de burka
todo el mundo ve
pero ninguno la miró
nadie juzga tener
nada que ver con eso.

*

la mujer de burka
estropeó mi sueño
estropeó mi sueño
el brochecito azul
hecho de mostacilla
ostentado por la
burka de la mujer
terrible adorno
revolución muda
de la mujer en la burka.

*

debajo de la burka
hay una mujer.

*

yo siento más miedo
de un dios misógino
que de la ley que le dice
a la mujer la burka
es decir no sé
siempre habrá broches
de mostacilla azul.

el martillo

duermo con un martillo
 debajo de la almohada
 si alguien entra de nuevo
 y furtivo
 en mi cuarto no basta que
 sea una mierda, tener un hierro
 dándome toques en la cabeza
 hay todavía otro inconveniente:
 Humboldt nunca puede llegar
 por sorpresa corre el riesgo
 de ser martillado y así
 morir o vivir
 (la cantidad de energía
 liberada por el golpe de
 un martillo
 es equivalente a la mitad
 de su masa por la velocidad
 al cuadrado a la hora del impacto).

La sentencia

dos relecturas de dos odas de ricardo reis

I

pesa el decreto atroz, el fin certero.
 pesa la sentencia igual del juez inicuo.
 pesa como un yunque en mis costillas:
 un hombre fue hoy absuelto.

si la justicia es ciega; solo el shampoo es neutro:
 qué poca diferencia en la inocencia
 del hombre y las hienas. idéjenme en paz!
 antes llénenme de vino

la copa, que aunque mal me deje
 ebria, me consuele la alcohólica amnesia
 y olvide lo que de hecho es tal sentencia:
 la mujer es la culpada.

II

pese al juez fiel igual sentencia
 en cada pobre hombre, que no tiene motivo
 para tanto. no hice mal ninguno a la mujer y
 fue grande mi espanto

cuando ella se ofendió. exagerada, ahora
 reclama, hizo denuncia y drama, pero a la hora
 ni se movió. la culpa es de ella: embriagada
 la garbosa cara.

si la justicia es ciega, solo la topa es sabia.
 cerebro calmado el indulto evidente
 pues soy apenas hombre, ino un monstruo! dejad
 a la mujer el trauma.

la moral

podría escribir
un poema
de amor
por el
hecho que
atavesamos
todas las calles sin respetar los semáforos yo
veo un
atrevimiento de
tu parte
no tener
miedo de
morir tu
certeza que
los carros van a parar para que pases yo

pararía yo
todavía paro
me quedo mirando
fingiendo no
mirar a
contraluz
tus huesos
tus pelos
no recortados
tu verga que no chupé porque no me dejaste
alegando no
moral pero
yo no sé
qué

olvidé estaba
borracha igual
así dormiste
desnudo muy
cerca cuando
te levantaste te pusiste el pantalón sin calzoncillos quisiera yo ser ese *jeans* creí
que después
de cruzar
todas las

señales rojas
a tu
lado arriesgando
mi vida
tendría el derecho de chupar tu verga hasta el amanecer pero

la única
cosa tuya
que comí
fue una
mozartkugel asquerosa
con relleno
de mazapán.

o broche

a mulher de burca/ entrou no metrô/ atrás do marido/ a mulher de burca/ precisou apenas/ chegar para ser/ espetacular/ a mulher de burca/ me espanta me espanta/ que se estabeleça/ que uma mulher/ deva usar burca.

*
tentei decorar/ um poema para/ a mulher de burca/ que me veio à mente/ enquanto tentava/ não observá-la/ essa é afinal/ a função da burca/ e como ela deve/ ser considerada/ a burca tornou-se/ maior que a mulher.

*
acontecem muitas/ coisas no metrô/ acontecem muitas/ coisas na alemanha/ mas ninguém se olha/ nem na alemanha/ e nem no metrô/ pra mulher de burca/ todo mundo olhou/ mas ninguém a viu/ ninguém julga ter/ algo a ver com isso

*
a mulher de burca/ estragou meu sono/ estragou meu sono/ o brochinho azul/ feito de miçangas/ ostentado pela/ burca da mulher/ terrível enfeite/ revolução muda/ da mulher de burca.

*
embaixo da burca/ há uma mulher.

*
eu sinto mais medo/ de um deus misógino/ que da lei que diz/ à mulher a burca/ quer dizer não sei/ sempre haverá broches/ de miçanga azul.

o martelo

durmo com um martelo/ embaixo do travesseiro/ caso alguém entre de novo/ e sorrateiro/ no meu quarto não bastasse/ ser um saco ter um ferro/ me cutucando a cabeça/ há ainda outro inconveniente:/ Humboldt nunca pode chegar/ de surpresa corre o risco/ de ser martelado e assim/ morrer ou viver/ (a quantidade de energia/ liberada pelo golpe de/ um martelo/ é equivalente à metade de/ sua massa vezes a velocidade/ ao quadrado na hora do impacto).

a sentença

duas releituras de duas odes de ricardo reis

I.
pesa o decreto atroz, o fim certo. / pesa a sentença igual do juiz iníquo. / pesa como bigorna em minhas costas: / um homem foi hoje absolvido. // se a justiça é cega, só o xampu é neutro: / quão pouca diferença na inocência / do homem e das hienas. deixem-me em paz! / antes encham-me de vinho // a taça, qu'inda que bem ruim me deixe / ébria, console-me a alcoólica amnésia / e olvide o que de fato é essa sentença: / a mulher é a culpada.

II.
pese do fiel juiz igual sentença / em cada pobre homem, que não há motivo / para tanto. não fiz mal nenhum à mulher e / foi grande meu espanto // quando ela se ofendeu. exagerada, agora / reclama, fez denúncia e drama, mas na hora / nem se mexeu. culpa é dela: encheu à brava / a garbosa cara. // se a justiça é cega, só a topeira é sábia. / cerebro abonançado o evidente indulto / pois sou apenas homem, não um monstro! leixai / à mulher o trauma.

a moral

poderia escrever / um poema / de amor / para o / fato de / que atravessamos / todas as ruas sem espeitar os semáforos eu // vejo um / atrevimento de / sua parte / não ter / medo de / morrer sua / certeza que / os carros vão parar para você passar // passaria eu / ainda paro / fico olhando / fingindo não / olhar na / contraluz os / seus ossos / seus pêlos / não aparados / o seu pau que não chupeí porque você não deixou // alegando não / moral mas / sei lá / o quê // esqueci estava / bêbada mesmo / assim dormiu / nu bem / aqui quando / levantou vestiu a calça sem cueca quisera eu ser esse jeans achei // que depois / de cruzar / todos os / sinais fechados / ao seu / lado arriscando / minha vida / teria o direito de chupar seu pau até amanhecer mas // a única / coisa sua / que comi / foi uma / mozartkugel nojenta / com recheio / de marzipã.

Tarso de Melo (Santo André, 1976)

Un país

Un país que se esconde de sí mismo. Un país que segrega, excluye, amordaza. Sofoca su parte incómoda. Mata campesinos sin-tierras, golpea manifestantes, masacra indígenas, interna a la fuerza a los drogadictos, encarcela negros pobres, cuando no simplemente los mata, corre a las personas de la calle, quita los derechos de quien trabaja, demuele casas con gente adentro, incendia favelas, persigue profesores y estudiantes, entrega sus riquezas al enemigo. Un país grandioso, como el futuro del país sin futuro. Un país barrido debajo de la alfombra. Tragedias largamente construidas, sueños saboteados, desmantelamientos cuidadosos, pasión por el cadalso. Un país en silencio oyendo la risa —blanca, larga, distante— de sus verdugos. Un país imbatible en las tareas del error. Un país carne-barata, res por ser destazada para el hambre insaciable de media docena de hombres.

Ellos quieren más

516 años. Y los indígenas que están en las tierras que les interesan a los blancos son muertos en los montes: sin registro. 516 años. Y los negros que enfrentan los límites definidos por los blancos son muertos: como culpables. 516 años. Y las mujeres que no acatan (iy también cuando acatan!) las órdenes de los hombres son muertas: como sospechosas. 516 años. Y los pobres que no se inclinan ante la máquina que reproduce la riqueza de los ricos son muertos: como una afrenta. 516 años. Y los “diferentes” que no se esconden (iy también cuando se esconden!) son muertos: como un mal. 516 años. Y los niños que juegan con juguetes ajenos son muertos: como un aviso de que 516 años fueron poco. Ellos quieren más.

Convención

En el encuentro de economistas, todas las soluciones para la economía. En el encuentro de ambientalistas, todas las soluciones para el medio ambiente. En el encuentro de políticos, todas las soluciones para la política. En el encuentro de religiosos, todas las soluciones para la religión. En el encuentro de juristas, todas las soluciones para la justicia. En el encuentro de pacifistas, todas las soluciones para la paz. En los centros de convenciones, encuentros siempre convenientes. Las actas registran. Los acuerdos se desatan. De la puerta para afuera, todo es desencuentro.

Un dios

dios, la palabra dios,
imagen que se desata

en un mundo podrido
de palabras, embarazado

de luchas y de lástima
(van del aquí y del ahora,

desperdicio de las horas)
astro mutilado al recorrer

sea el cielo o la soledad
salvaje del diccionario

El mundo

para Ricardo Aleixo

No tiene sentido
No tiene sentido el mundo
No tiene sentido el mundo así
No tiene sentido el mundo así tan lleno
No tiene sentido el mundo así tan lleno de gente
No tiene sentido el mundo así tan lleno de gente tan llena
No tiene sentido el mundo así tan lleno de gente tan llena de razón

El mundo tan lleno así de gente tan llena de razón no tiene sentido

Día nulo

(El sol ya golpeó el frío de la madrugada
de ahí en adelante, si hay algo para contemplar,
no es del orden de los astros. Es desastre.)

Um país

Um país que se esconde de si mesmo. Um país que segrega, exclui, amordaça. Sufoca sua parte incômoda. Mata sem-terras, espanca manifestantes, massacra índios, interna à força dependente químicos, prende pretos pobres, quando não os mata simplesmente, escorraça as pessoas da rua, toma os direitos de quem trabalha, atropela casas com gente dentro, incendeia favelas, persegue professores e estudantes, entrega suas riquezas para o inimigo. Um país grandioso, como o futuro do país sem futuro. Um país varrido para debaixo do tapete. Tragédias longamente construídas, sonhos sabotados, desmanches cuidadosos, paixão pelo cadafalso. Um país em silêncio ouvindo o riso – branco, largo, distante – de seus algozes. Um país imbatível nas tarefas do erro. Um país carne-barata: rês a ser abatida para a fome insaciável de meia dúzia de homens.

Eles querem mais

516 anos. E os índios que estão nas terras que interessam aos brancos são mortos aos montes: sem registro. 516 anos. E os negros que enfrentam os limites definidos pelos brancos são mortos: como culpados. 516 anos. E as mulheres que não acatam (e mesmo quando acatam!) as ordens dos homens são mortas: como suspeitas. 516 anos. E os pobres que não se dobram à máquina que reproduz a riqueza dos ricos são mortos: como inimigos. 516 anos. E os trabalhadores que querem respeito aos direitos que ainda têm são mortos: como uma afronta. 516 anos. E os «diferentes» que não se escondem (e mesmo quando se escondem!) são mortos: como um mal. 516 anos. E crianças que brincam com os brinquedos alheios são mortas: como um aviso de que 516 anos foram pouco. Eles querem mais.

Convenção

No encontro dos economistas, todas as soluções para a economia. No encontro dos ambientalistas, todas as soluções para o meio ambiente. No encontro dos políticos, todas as soluções para a política. No encontro dos religiosos, todas as soluções para a religião. No encontro dos juristas, todas as soluções para a justiça. No encontro dos pacifistas, todas as soluções para a paz. Nos centros de convenções, encontros sempre convenientes. As atas registram. Os acordos se desatam. Da porta para fora, tudo é desencontro.

Um Deus

deus, a palavra deus,/ imagem que se desata// em um mundo podre/ de palavras, grávido// de lutas e de lástima/ (vão do aqui e do agora,// desperdício das horas)/ astro mutilado a varar// seja o céu ou a solidão/ selvagem do dicionário

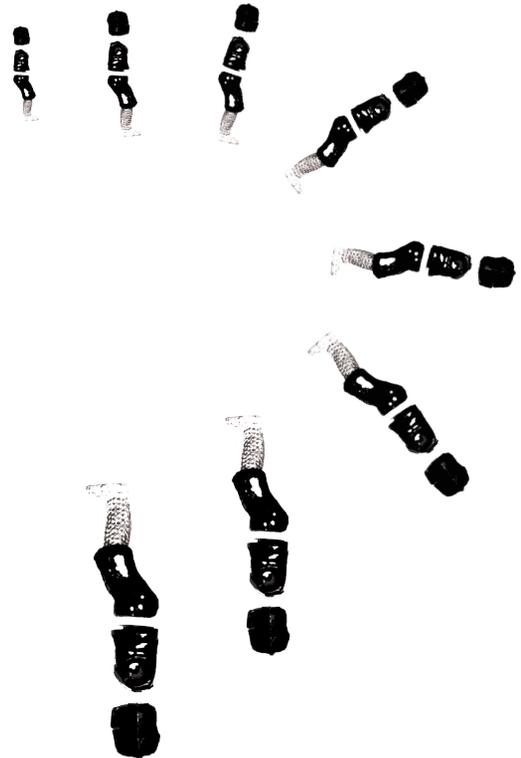
O mundo

para Ricardo Aleixo

Não faz sentido/ Não faz sentido o mundo/ Não faz sentido o mundo assim/ Não faz sentido o mundo assim tão cheio/ Não faz sentido o mundo assim tão cheio de gente/ Não faz sentido o mundo assim tão cheio de gente tão cheia/ Não faz sentido o mundo assim tão cheio de gente tão cheia de razão// O mundo tão cheio assim de gente tão cheia de razão não faz sentido

Dia nulo

(O sol já golpeou o frio da madrugada/ Daí em diante, se há algo a contemplar, / não é da ordem dos astros. É desastre.)



Osdany Morales (Nueva Paz, 1981)

Common Daisy

Vine a Nueva York a estudiar ballet. Aprendí algo.

No sobre ballet, que era más o menos repetir lo que ya sabía hasta quedar abatida, sino aquello que Emma Kojève, profesora de puntas y técnicas del performance recitaba al terminar cada taller como un cierre de su transmisión del conocimiento o de la práctica, y que en verdad servía (y me ha servido) ante cualquier contratiempo: el primer giro se define con el segundo. Los que habían tomado su clase decían que mejor era bajar una aplicación que recordara qué ejercicios hacer antes que obligarse a verla reflejada en el espejo o escuchar su voz y el mantra de despedida. Mis papás me mandaban el dinero mensual para vivir y la beca me cubría al menos los cursos de primavera. Ante la incertidumbre de si conseguiría financiamiento o no para el siguiente semestre, era más barato quedarse en la ciudad durante el verano que viajar de vuelta y pasar ese tiempo en mi casa. Tenía por delante tres meses, con presupuesto ajustado para pagar, si acaso, el alquiler de uno y administrar el uso del aire acondicionado. Aunque esa parte no sale en las películas, Manhattan es un horno en verano. No podía trabajar con visa de estudiante y como estaban las cosas, conseguir un puesto en un restaurante era lo mismo que entregarse a Inmigración. Luego de pasar toda una tarde en puntas en la estación de Union Square, para reunir once míseros dólares arrugados y regresar con el tutú encharcado en sudor, decidí buscarme la vida dando clases particulares de español. Creé un correo nuevo para que no supieran en el instituto que era yo quien ofrecía clases de lengua, buscando sobrevivir durante esos meses. Escogí llamarme Daisy, que según una página sobre significados de nombres quería decir “visión del futuro”. Llené una hoja en Word con el anuncio a color, en pestañas para arrancar puse el email donde contactarme. El formato de pestañas se lo copié a alguien que llenaba el sótano del instituto con anuncios de estudios bíblicos. Dos pollitos protegidos por el ala de una gallina blanca y una cita en cursivas: “Él te cubrirá con sus plumas, y bajo sus alas hallarás refugio”. Salmo 91. Jamás vi que faltara una sola pestaña de esos anuncios, pero funcionaban para dar una idea de cómo proponer un servicio privado. Fui temprano, antes de las nueve. El sótano estaba vacío. Quitó todos los papeles de estudios bíblicos y en su lugar, usando

las mismas tachuelas de colores, colgué los míos. Guardé uno para pegarlo en el subway. Antes de irme miré las paredes, los pasillos, escupí un chicle en el tanque de basura no reciclable y deseé volver el siguiente semestre. Al ver los anuncios de mis clases colgados en todas partes, me llené de un sentido de pertenencia tranquilizador. Le pedí al lugar que me acogiera, que no me dejara ir tan pronto. Salmo 91. Que yo hallara refugio.

Me habría gustado tener para ese verano, como en el ballet, un librito con la historia resumida antes de ver el acto. Así podría concentrarme en el baile porque la trama ya la sabría. Es lo que más me gusta del ballet, saber lo que va a pasar y que pase, o que la oportunidad de que ocurra lo inesperado esté puesta en el cuerpo de los bailarines, no en la historia. Pero si me hubieran alcanzado el resumen de lo que sucedería en los próximos meses hubiera creído que eso jamás pasaría en un ballet.

Vivía con una roommate, Jessica, que se había ido a Shanghái a pasar el verano en una residencia de idiomas que ofrecía pasajes gratis. Una sola vez entré a su cuarto y el olor a químicos casi me impide respirar. No la extrañaba en lo absoluto, apenas compartíamos los mismos tiempos en el apartamento. Con lo cual me parecía que seguíamos siendo roommates, que todavía estaba por aquí, que es lo mismo que decir que para mí Jessica siempre había estado en China.

Decidí concentrarme en mis clases de español. La persistencia del ballet también podía aplicarse a la enseñanza de un idioma, pensé. Escribí un correo largo a mis padres diciéndoles que había comenzado a impartir clases de lengua. Lo presenté como algo informal, me reunía con los alumnos en los cafés cerca de la casa por una hora y con eso me alcanzaba de sobra para estos meses. No quería levantar la mínima sospecha de que la mudanza a Nueva York fuera percibida como un despilfarro, menos como un fracaso. También dije que seguía yendo a la universidad a practicar en el salón, aunque lo hacía en la casa para ahorrarme el costo del subway, sobre todo con Jessica a lo lejos, perdida en Shanghái. Si ellos imaginaban mi vida así, tal vez de este lado yo pudiera tener un modelo con el cual llenar esas expectativas. Me agarró tarde en la vida el momento de entender la envidia, creer que el comentario que otra persona soltara sobre algo que yo había logrado, un ejercicio, un movimiento, lo que sea, fuera resultado de envidia hacia mí. Siempre creí que eran comentarios honestos, que yo era una bailarina mediocre, ok, o que estaba muy lejos de la perfección. Hoy no es que me crea superior, pienso que el resto de la gente son unos miserables que no merecen la menor oportunidad de que uno los oiga. Aquí viene el descubrimiento: tal vez pensar que yo no era merecedora de la envidia de mis compañeras no habla tan bien de mi inocencia como de

una superioridad oculta. Yo creía vivir un mundo más limpio. Hay que ser muy creído para tener esa fantasía.

En ese verano no me quedaba ninguna autoestima, lo único que tenía era un desinterés por todo y una pésima opinión de los demás. Reforzada por estar de vacaciones durante los meses en que la gente en la calle parece tan feliz y desocupada.

Me veía como una homeless en mi propia casa, que no era mía y debía pagar si no quería terminar durmiendo bajo unos andamios. Robaba internet de una reciente iniciativa de la ciudad que había segmentado la avenida con torres de wifi. En pocas semanas fueron ocupadas por homeless para escuchar música y ver pornografía en la pantalla que tenían a un costado. A toda hora los veía arrimados a las torres, sentados en dispensadores de periódicos que habían arrastrado hasta allí. Por las noches cantaban a viva voz. A pesar de la ocupación, en el apartamento la señal era potente. Lo único que pedían para conectarse era que uno ingresara su cuenta de correo, supuse que para acaparar todos los datos posibles sobre mis rutinas de navegación. A mí no me importaba, tenía disponible una dirección falsa. Desde que había comprobado que podía usar internet en el apartamento sin tener que pagar nada, se me había despertado una necesidad de googlear lo que me pasara por la cabeza: ¿Se puede tomar leche de almendra todos los días? ¿Cómo alcanzar el nirvana? ¿Cómo alcanzar el nirvana en los Sims? ¿Qué es exactamente la tapioca? ¿Qué relación tiene el ballet con la inmortalidad? ¿Cómo eliminar las bolsas (que no tenía) bajo los ojos? ¿Es Ivanka hija de Melania?

Una semana después recibí el mensaje de un interesado en las clases de español. Alguien había visto mi último anuncio en el subway. Un abogado necesitaba un intérprete para ir a entrevistar a su cliente detenido en la prisión de Rikers Island. Me pareció extraño que alguien que hubiera encontrado el anuncio en la estación me escribiera después de tanto tiempo. El papel no debió haber durado allí más de un día. Supuse que se trataba de una persona ocupada que había arrancado una pestaña y no había encontrado hasta ahora el momento de contactarme.

Googleé Rikers Island. Encontré críticas en Yelp que no supe si leer como sarcásticas o comunitarias. Era tan terrible el lugar que los acusados, incluso en los casos en que eran inocentes, buscaban cerrar un acuerdo que los inculpara con tal de no ir a parar allí a la espera de juicio. Si me contrataba, ¿cómo traduciría plea deal?, ¿acuerdo con la fiscalía? Detrás de un comentario terminé leyendo un artículo sobre una nueva tendencia de inyectar Botox en los testículos, y de ahí otro sobre técnicas para reabsorber el semen sin eyacular. Acabé el artículo sentada en el inodoro. Por ser el lugar más remoto del apartamento la internet de la avenida era bastante débil. Para leer

algo ahí tenía que llevar la página cargada. Me volvió el miedo de la víbora. Las historias de las tuberías de Nueva York donde pueden haber animales mutantes. Había visto videos en los que la gente encontraba arañas en el borde de la taza en los baños de un bar. Otro en que sacaban una serpiente del tragante de la bañadera. Cuando estaba en la taza me imaginaba que una víbora salía y me mordía una nalga. La visión aparecía cada vez que pasaba un rato sentada. Imaginaba una mordida deforme, los colmillos entraban en parte del ano y parte de la nalga. Me levantaba con miedo, sin mirar hacia atrás.

Esa noche soñé que volvía al baño y cuando alzaba la tapa del inodoro estaba ahí la víbora. Piel verde metálica. Mirándome. Sacaba la lengua fina y decía tres palabras: quiero aprender español. Lo decía en español, eso era lo que más miedo daba. Pedía aprender algo que ya sabía. Los homeless cantaron toda la madrugada.

Cuando había perdido todas las esperanzas de ganarme la vida dando clases de lengua y casi me veía en Rikers Island, se me ocurrió comprobar si no había algún mensaje que por error se hubiera ido a la carpeta de spam. Ahí estaba. No podía creerlo. Un correo del mismo día en que había ido al instituto a dejar los anuncios. Si lo hubiera visto antes ya la clase estuviera más que avanzada. Era un mensaje cargado de entusiasmo gringo por aprender lo desconocido, lo siempre pospuesto y que por fin este verano, por obra de la providencia, aparecía en su camino. Pedía que, por favor, le respondiera incluso si tenía alta demanda, que no dejara de considerarla. Mencionaba lugares que seguro no podía ubicar en un mapa (yo tampoco), a los que quería ir o había ido, no me quedaba claro. Puerto Vallarta, Cuzco, Trinidad. Firmaba Bethany.

Le respondí que podíamos vernos en cualquier momento de lo que quedaba de semana, que, por favor, disculpara que no hubiera visto su mensaje antes porque se había ido a la carpeta de spam. Preferiblemente en las tardes, dije, para aparentar que estaba ocupada. La cité en el patio de un café detrás del apartamento. Era el lugar ideal. Desde el cuarto podía verlo, incluso si hubiera querido bajar por la escalera de incendios hubiera aterrizado en el patio sin tener que dar toda la vuelta, pero en esa parte se veía un basurero de bicicletas oxidadas y cristales rotos y nunca me animé a hacer el viaje más corto. Ahora veía las mesas del café, me imaginaba que pronto estaría yo ahí, en una de ellas, impartiendo mis clases. Por el correo supuse que su nombre completo sería Bethany B. Mason. La googleé. No apareció nada, solo imágenes de vajillas. Borré el mensaje del abogado, me parecía que dejarlo era tentar la posibilidad de tener que usarlo.

Bethany me respondió a los pocos minutos que allí estaría y añadió que la reconocería por tener en su mesa una margarita, una

common Daisy. Consideré el detalle un gesto de proximidad hacia su nueva profesora de español con nombre inventado. Le mandé el pdf de un libro de texto descargado de internet para que lo imprimiera y lo trajera a clase. Comenzaba a gustarme mi futura alumna.

Por primera vez entraba al lugar que tanto había visto desde mi ventana. Envidiaba a la gente que se sentaba en el patio y pasaba horas conversando, en lo que yo suponía que serían entrevistas de trabajo para trabajos sin oficina, acuerdos sin contrato, negocios a corto plazo, conocidos que se ponían al día, amigas sin necesidad de ponerse al día y que se sentaban allí en silencio una frente a otra a repetir lo mismo que ya sabían, gente que leía o intentaba leer mientras atendía el teléfono. Cuando llovía se acumulaba el agua en el techo y estaba ahí por días, si se posara una garza uno podía tomarlo por un pequeño lago en medio de la ciudad. Incluso googleé si era normal que eso sucediera y encontré que podía traer peligros de derrumbe. Si se acumulaba la lluvia se trataba de una deformación y luego esa agua comenzaba a filtrarse, el techo se iba ablandando hasta que un día se caía. No me importaba que ocurriera el desastre. Me complacía la posibilidad de tener ese secreto.

Le había confirmado a Bethany que nos veríamos en el patio. Por dentro el café estaba climatizado y me arrepentí de haber fijado el encuentro fuera. Tardé en encontrar el menú, escrito en una pizarra en lo alto. Pedí un latte. ¿Para aquí o para llevar?, me preguntó el barista mientras mi mirada se iba por el aro que deformaba el lóbulo de su oreja en un anillo tenso, a punto de estallar. Un flesh tunnel. Me hipnotizó ese vacío circular expuesto. Grandioso, le dije. Él creyó que me refería a un corazón con pétalos que acababa de dibujar en mi taza. Este está reabsorbiendo el semen, pensé.

Me animé a gastar en un latte porque había hecho cálculos con lo que ganaría en la primera sesión. Y porque invertir en el lugar que sabía en peligro de derrumbe me parecía que resaltaba el valor de mi información. Conté los billetes y hasta dejé un dólar de propina, mientras me recordaba que debía estirar ese café hasta el final de la clase, aunque se me enfriara.

Encontré a Bethany en una mesa solitaria del patio tomando un capuchino. Su margarita tendida a lo largo. Me acerqué haciendo equilibrios para no deformar el corazón en la superficie del latte. Era una gordita rubia recién bañada, con un vestido azul de tirantes. Todavía podía olérsele el jabón y cuando reía se sonrojaba. Se subía el pelo lacio detrás de la oreja, a los pocos segundos volvía a salirse. Parecía interesada, inteligente, aplicada en lo que se propusiera. No quise preguntarle cómo se había enterado de los anuncios porque podía sugerir la posibilidad de que le estuviera prohibiendo la entrada a la escuela de ballet. Ella misma lo reveló. Estudio actuación,

algunas clases las tomamos en el edificio de ballet. Ahí me encontré tu anuncio, dijo.

Me fijé en la margarita a un costado de la mesa, con la punta del tallo hacia ella y la flor hacia mí. Quise hacer algún comentario al respecto, no se me ocurrió nada. Las dos hicimos como si la flor hubiera cumplido su función y fuera parte del decorado. De vez en cuando soplabla una brisa que movía las ramas de los árboles y dejaba llegar el sol a la mesa. Nos quedamos en silencio, yo no tenía más que una agenda en blanco y un bolígrafo. No podía pagar la impresión del libro de texto. Le había insistido en que lo trajera impreso.

¿Trajiste tu pdf?

No.

Puedes usarlo en tu iPad, si te parece más cómodo.

No tengo, dijo. No me gusta la tecnología.

Bajé la vista, me miré las uñas. La pintura se me estaba descascarando. Toqué la taza para beber, recordé mi estrategia de alargar el latte y la dejé en su lugar. Ninguna de las dos hablaba. El aire volvió a mover la rama que nos daba sombra y el sol le dio a Bethany en la cara, cerró los ojos con suavidad y los mantuvo así. Lo intenté de nuevo.

Podemos practicar hoy cosas básicas, para la próxima debes traer tu pdf, dije.

¿Por qué quitaste mis anuncios?

Su cara se había enrojecido. No de ira. Como con vergüenza de lo que reclamaba. Al no responderle lo hizo más claro: Tuve que imprimir todo eso a color. Los anuncios de los estudios bíblicos.

¿Eran tuyos?

No dijo más. No era necesario. Por suerte no había muchas personas en el patio. Le dio vueltas a su taza de cappuccino, que conservaba el mismo corazón que me había dibujado a mí el barista de orejas abiertas.

¿No te interesan las clases de español, verdad?

Bethany subió los hombros y miró a otra parte. Había comenzado a sudar, le brillaban los brazos. Cuando niña debió haber actuado en alguna publicidad, pensé al volver a fijarme en sus cachetes.

Y a ti, ¿no te interesan las clases de estudios bíblicos?

Depende, dije. Recordé el lema de la profesora Emma Kojève: el primer giro se define con el segundo. ¿Tendría que pagar?

No. Son gratis los encuentros. Bastante cuesta conseguir a alguien que quiera escuchar.

Si quieres me apunto. ¿Qué tengo que hacer?

Bethany suspiró, se subió el pelo lacio detrás de una oreja, me preguntó si tenía una Biblia. Le dije que no y se ofreció a traerme una en nuestro siguiente encuentro. Le dije que no podíamos vernos más en el café. El techo está hundido y cuando llueve se acumula el agua, si se posa

una garza parece una laguna. Cualquiera día de estos se viene abajo. ¿Quitaste todos mis anuncios? Me dijo que sí. Pensé que por eso no me había escrito nadie, no sentí odio por ella. La vi irse con el vestido húmedo de sudor, pegado a los muslos, tenía los ojos a punto de llorar y yo también quise llorar pero sabía que no lo conseguiría. Me quedé en la mesa del café unos minutos más. El latte se había enfriado y me dio asco la espuma. Pensé en googlear cuando volviera a la casa la diferencia entre un latte y un capuchino. Miré la margarita, todavía a un costado de la mesa. Cuando me fui me la llevé.

El mensaje en inglés decía:

Hola. Me llamo Henry Manville. Soy un criminal defense lawyer (no sabría cómo traducir eso sin que parezca un invento: ¿un abogado defensor para criminales, un abogado defensor criminalístico?), y fiscal retirado. Vivo en el área de Nueva York. Necesito un intérprete para uno de mis clientes. Me gustaría saber si tiene interés en hacer un trabajo pagado, para el cual se le requeriría ocasionalmente. Por el momento tengo un solo caso, espero varios. Necesito a una persona por unas horas a comienzos de la semana próxima. Tendría que acompañarme a la prisión de Rikers Island a visitar al cliente. Gracias, H. Manville.

Según Wikipedia, Rikers Island era una isla en el East River, entre Queens y el Bronx, y uno de los mayores correccionales e instituciones mentales con un promedio de cien mil admisiones al año. Reconocida por el atropello a los reclusos y por los asaltos de los reclusos a los trabajadores. Todo esto la hacía uno de los lugares más peligrosos del país para trabajar, y probablemente para ejercer de intérprete ocasional. ¿Iría yo hasta allá con tal de hacer dinero para el verano? Técnicamente no era una prisión porque su función era alojar a quienes esperaban juicio, o no podían pagar su fianza o la tenían prohibida, aquellos que cumplían sentencia por un año o menos, y aquellos que esperaban ser transferidos.

Googleé el nombre Henry Manville. Apareció una sola imagen posible, entre fotos que descarté de deportistas y de paisajes agrícolas. No estaba segura que pudiera ser él, aunque mientras más lo miraba más me parecía que se trataba del mismo que me había escrito. En la foto él miraba por encima del hombro hacia arriba, una luz de fondo opacaba la habitación y le difuminaba una oreja. Más de cincuenta años. Las cejas alzadas le arrugaban la frente en una expresión que parecía que le molestaba el flash. Este está reabsorbiendo el semen, pensé, se le nota.

Hola Henry, escribí. Gracias por su mensaje. Estoy interesada en asistirle de intérprete. Soy mujer, latina, tengo 23 años. Espero que ninguna de estas cualidades sea un inconveniente para el trabajo. Un saludo cordial, Daisy. Visión del futuro. Eso último no lo puse, lo pensé.

Me respondió con un link y un número de teléfono para que lo llamara si lo necesitaba. El link llevaba a una página del gobierno con el protocolo de vestimenta para visitantes al correccional. El primer punto prohibía ropa con huecos o rasgados que estuvieran tres pulgadas por encima de la rodilla. No short, no saya, ni vestido corto. Nada que remitiera a una pandilla, por nombre o por logo, ni que hiciera referencia específica a lenguaje obsceno, drogas, violencia o sexo. Prohibido ir en traje de baño o llevar atuendos transparentes. Ninguna joya. Nada que exponga el abdomen, el pecho o la espalda. La ropa interior era obligatoria. Una imagen de Jennifer López hubiera sido más útil para ilustrar el modo en que no se podía visitar la prisión. Con esa idea repasé el armario. ¿Qué era lo más anti JLo que tenía? Tendría que sacar algo del cuarto de Jessica. Usé tu ropa para ir a la cárcel, podría decirle cuando volviera de Shanghái.

Nadie me escribía para someterse a las clases de español. Me respondieron mis papás felicitándome por las clases. Se me ocurrió si había alguna técnica para poner en loop una canción de YouTube. La respuesta era una página llena de publicidad en la que uno pegaba el link de la canción y se repetía infinitamente. Poner en loop una canción es escaparse del tiempo. No recuerdo cuál escogí.

Nos encontramos en Madison Square Park. Me había dicho: Vas a reconocermé porque estaré almorzando una hamburguesa y en mi mesa habrá una flor, una margarita corriente. Si no me encuentras, me llamas a este número.

La common Daisy sobresalía de una botella plástica de agua en el centro de la mesa. Henry Manville, según mi evaluación mientras me acercaba por entre las sillas de la plaza, era efectivamente un hombre de unos cincuenta años. Vestido de traje, sin corbata, la camisa abierta en el pecho. Los codos apoyados en la mesa frágil, las piernas abiertas a cada lado de la silla. Una figura, con lo poco que podía suponerse por su postura, firme, prorrogada en sesiones de gimnasio a las que iría cada vez menos. No se parecía a la foto que había encontrado antes. Tenía los ojos claros y una ceja partida como una línea discontinua. La cabeza afeitada. Había en su rostro una impresión animal, no supe si por la proporción de la mandíbula o las orejas pequeñas. Terminó de masticar pacientemente, tragó, hurgó con la lengua entre los dientes, volvió a tragar, se limpió los labios con un par de servilletas y me dijo que él era él, que me sentara.

La mesa estaba cubierta por la sombra de uno de los edificios y aunque no había mucho aire se podía soportar el calor. Colgué mi cartera en el espaldar de la silla, crucé las piernas, rechacé su invitación a pedir algo, gracias. Pagaba por hora tres veces lo que cobraría yo por una hora de lengua. Le dije que estaba haciendo un posgrado de periodismo. Los cursos de español me ayudaban a conectar con

gente de la ciudad y saber sus historias. Sonó ridículo cuando lo dije, pero pensé que si decía ballet había una posibilidad de que me hubiera visto unos días atrás en puntas en Union Square y atando cabos me reconociera, y eso hubiera sido humillante. Le pareció ideal que estudiara periodismo. Supongo que hablaba bien de mí, me otorgaba convicción o me familiarizaba con algunos términos que aparecerían en el encargo.

En realidad tienes figura de bailarina, dijo sin mirarme, alzando la cabeza hacia el cielo. Pensé que si me hubiera dicho eso mirándome a la cara hubiera estado coqueteando y seguramente no quería coquetear con alguien a quien le estaba ofreciendo ir juntos a una prisión. En mi campo visual la margarita quedaba torcida, como un arreglo floral que a veces le tapaba un ojo a mi interlocutor. Tal vez pueda acostarme con él cuando termine el trabajo y no tengamos que vernos más, pensé en ese momento. Entonces le diré que soy bailarina y me pondré en puntas y desapareceré.

Me preguntó si había leído las normas de vestimenta, le dije que sí e intentó hacer un chiste, creo. Dijo que todas las normas se resumían en no ir vestida como Nicki Minaj. Puedo evitarlo, dije muy seria. Tal vez debí haber reído para complacerlo. Te voy a hablar un poco de mí, se ofreció, para que no sientas que te subes a un carro con un extraño que dice ofrecerte un trabajo.

No me había pasado por la cabeza que iríamos juntos. Pensé en algo más rutinario, ir en subway, esperarlo en algún lugar. No tenía ni idea sobre cómo llegar a esa isla. Toda la concentración la había puesto en solucionar cómo ir vestida, mientras aguantaba la respiración frente al clóset de Jessica. Era fiscal retirado, había participado en casos, dijo, que tal vez en mis estudios de periodismo habría escuchado mencionar, aunque no fue una figura central en ellos. Había ganado experiencia suficiente como para decepcionarse de algunas soluciones o para entender lo que llamó “cuestiones legales del presente”. Ahora se dedicaba a defender casos criminales que involucraban emigrantes, no porque tuviera un particular sentido de la justicia, aclaró, sino porque ahí había un dinero que otros estaban subestimando.

Por decir algo le pregunté si tenía hijos y me dijo que estaba divorciado, supuse que eso quería decir que la posibilidad de tenerlos se había pospuesto en algún momento de su vida. Fijamos la hora y el lugar en que me recogería el siguiente lunes y nos despedimos. Le pregunté si podía llevarme la flor.

Por supuesto, me dijo, esta vez mirándome. Es para ti.

Esto tampoco sale en las películas. Saliendo de Manhattan, Nueva York puede ser bastante irreconocible. Manzanas de casas chatas, semáforos, anuncios viejos. Si el día estaba luminoso se pone gris.

Más muros de ladrillo. Grafitis despintados. Gente caminando sin rumbo. Locales aislados y presumiblemente vacíos. Ciclistas trasnochados. Basura, cementerios, gasolineras, jardines despeluzados, filas de carros a un costado de la calle.

Creo que hice bien mi trabajo. Me vestí con unos jeans, zapatillas deportivas, un suéter verde (todo de Jessica). No me maquillé, me ajusté el pelo en una cola con una liga negra, antes de salir confirmé que no tenía conmigo ninguna prenda y tampoco nada de metal. La visita fue más que otra cosa para firmar documentos en los que el cliente aceptaba a Henry Manville como su abogado. No se habló nada del caso por el que estaba detenido, solo que había posibilidad de fianza y que ya la familia había pagado su dinero al abogado, que este a su vez pagaría y podría estar fuera pronto a la espera de juicio. Por un momento creí que tendríamos que encontrarnos los tres en algún lugar de la ciudad y me pareció que a esa parte del trabajo diría que no. No era lo mismo servir de intérprete a alguien que está del otro lado de un vidrio que reunirse y conversar los tres en un lugar público. Yo ponía cara de periodista, me aseguraba de que entendiera, todo era bastante rutinario. El hombre, al que llamaré Francis (y no revelaré su nacionalidad), pasó la entrevista con cierto apuro, como si la visita le hubiera interrumpido algo que estaba haciendo y a lo que quería regresar. No hablaba mucho, hacía gestos con la cabeza en un lenguaje universal que comprendíamos en todas las lenguas. Tal vez no le gustaba que fuera una mujer de quien dependiera el entendimiento. Tal vez había matado a su mujer. Todo eso pensaba cuando terminamos la cita y Francis firmó los documentos que su criminal defense layer le pasó por la rendija.

De vuelta almorzamos en un restaurante indio en una avenida vacía de Queens. Mentí cuando me preguntó si me gustaba la comida india. Aunque la pregunta llegó cuando el carro estaba detenido a un costado del lugar, decidí que la intérprete periodista tendría gustos cosmopolitas. Por un momento se me ocurrió decir que era alérgica a algún condimento para sonar conocedora. No me sabía ninguno. ¿Paprrika? Ante el menú no me quedó otra alternativa que pedir una oferta de almuerzo en la que solo debía escoger el tipo de carne. Cordero me pareció lo más alejado de lo que hubiera pedido en una situación cómoda. Escogí ese. Henry Manville ordenó una selección de platos impronunciados que llegaron con una tortilla gigantesca con apariencia de pergamino. Y dos mangos lasi. Resultó ser un batido, no una ensalada. Fui al baño y me zafé el pelo, me pasé un protector de labios, me moqué las cejas.

¿Qué te ha parecido?, me preguntó, mezclando sus comidas, y yo pensé que me estaba preguntando por la orden. La visita, aclaró. Creí que se interesaba por mi impresión de si su cliente era culpable o no. Preferí inventar otra cosa que me hiciera quedar más como el personaje

que estaba interpretando y dar por sentado que ambos deberíamos asumir que era inocente.

No entiendo por qué la familia te paga la fianza a ti en lugar de pagarla ellos, ¿es porque están ilegales?, dije mientras intentaba colar el absorbente por la ranura del mango lasi. Mi pregunta me pareció brillante. La respondió con seriedad, incluso con cierta complacencia o sentido del trabajo en equipo. Se fijó en que había cambiado mi apariencia, pero no dijo nada.

Están legales. Al menos tienen sus papeles, no la manera de justificar esa suma. Me pagan en efectivo y yo como su abogado hago el depósito desde mi cuenta. Luego paso unos meses cubriendo mis gastos con billetes, ese es el menor de los males.

Supuse que a ese lavado se refería cuando había mencionado un dinero que otros estaban subestimando. Con solo googlear un poco sabría que su modelo de negocio era el híbrido entre un bondsman y un abogado defensor. No iba a ser yo quien opinara sobre sus capacidades como visionario. Mi comida estaba picante.

Bordeando el East River desde Brooklyn me preguntó dónde quería que me dejara. ¿Dónde vives?, dije tratando de ser amable, como estaba un poco dormida tal vez mi despiste sonó a exceso de confianza. De ese lado sí era hermoso Nueva York. Sí parecía una película, un objeto sofisticado, punzante, iluminado por el sol e imposible de abarcar. Sentí ganas de bailar, de ejercitar algún paso. Pensé en si valía la pena insistir en trabajos miserables solo para estar ahí dentro. Si hubiera estado sola en ese momento me hubiese golpeado la cara. En el Lower East Side, respondió. Déjame en tu casa entonces, dije. Y como se hizo un silencio incómodo agregué: No en ese sentido.

¿En cuál?, dijo Henry Manville y puso una estación de radio.

En su cuarto me señaló la cama y me ordenó que me quitara la ropa. Me pidió que me pusiera de rodillas. Hundí los codos en el edredón, que parecía limpio. Lo escuché masturbarse detrás de mí. El semen me cayó en la espalda y en un hombro. Tal vez no lo esté reteniendo, pensé. No quise moverme, no sabía si lo limpiaría o si ya podía levantarme. Lo sentí acercarse a la cama. Comenzó a lamarme. Primero me gustó, luego me molestó el roce con los pelos del mentón, luego me gustó otra vez. El semen se enfrió y se secó. Cuando me dolieron los hombros me fui deslizándome hasta acostarme boca abajo y tal vez tomó eso por un orgasmo porque paró y eso fue todo.

Vivía en un apartamento en un quinto piso. Por las ventanas del cuarto entraba una brisa que inflaba las cortinas oscuras. En el resto de la casa me pareció haber visto de paso un piano cerrado, un librero con tomos de geografía o religión, o tal vez así lucían los libros de derecho. Había alfombras de colores gastados sobre el piso de madera, que crujía.

Me preguntó si quería comida vietnamita. Debí haberme ido en ese momento. En el pecho descubierto le leí un tatuaje formado por tres iniciales y una fecha. Ordenamos pizza. No me descuidaba, aunque parecía concentrarse en las rutinas que haría si estuviera solo. Me pidió que mientras esperábamos le pasara la máquina de afeitar por el cráneo, le habían crecido unos milímetros el pelo en los costados. Si no me daba asco, dijo. Dije que no me daría nada, pero nunca lo había hecho. Lo mueves por todas partes hasta que esté liso. Si me lo tengo que hacer yo tal vez me queden algunas zonas sin cortar. No es trabajoso.

Abrió una de las cortinas y arrastró una silla hasta la ventana para que entrara la luz o porque el tomacorriente estaba en ese extremo del cuarto. Detrás de la escalera de incendios se veía el interior de la manzana. El patio de un café con árboles y mesas vacías. En una de ellas alguien leía. Henry Manville se puso una toalla por encima de los hombros, los pelos cortos brillaban con la luz. El sol atravesaba sus orejas pequeñas. La máquina era pesada y al tenerla encendida, vibrando, pesaba más. Encontré un método para recorrer el cráneo e ir cepillándolo. Su cabeza comenzaba a sudar. Escuché un golpe como de metal. Él no se enteró porque tenía la máquina cerca de la ojera. Un golpe desde fuera. Me giré y vi que alguien bajaba por la escalera de incendios hasta el café y se sentaba a conversar con el que había estado leyendo. La misma escalera de incendios que llegaba hasta la ventana. Pensé en hacer un comentario al terminar el pelado, que mejor me iría por el café o algo parecido, luego lo olvidé cuando llegó la pizza. Antes de seguirlo a la cocina le pregunté donde guardaba la máquina. En la primera gaveta, gritó, de la derecha. Abrí la que no era y vi los billetes en rollos apretados por una liga, y una pistola.

Mientras comíamos escuchamos una estación de radio con música parecida a la que habíamos oído en el viaje de vuelta. Era imposible mirarle el torso y no detener la vista en el tatuaje. ¿Quién es?, pregunté para probar si se atrevía a contarme. A veces las indiscreciones se confunden con muestras de confianza y la gente cae.

Me lo hice cuando tenía 16. Un amigo había muerto. Son sus iniciales. Me parecía que era algo de lo que podía enorgullecerme entonces. Algo tremendo y cercano, dijo Henry Manville. Por supuesto, en ese momento decía que lo había hecho para no olvidarlo, para tenerlo conmigo. Mi pecho vuelto una lápida. Creo que solo quería un pretexto para hacerme un tatuaje. Los años han pasado y ya no recuerdo bien a ese muchacho. El mártir de mi propia juventud.

Se pasó una mano por el pecho como si se limpiara restos de pizza. La tetilla le tembló. El inglés encuentra combinaciones de palabras para nombrar cosas específicas que, aunque ocurran también en español no tienen nombre o yo no los conozco. Casi siempre se

trata de palabras para burlarse de algo. Tienen nombre porque hay que usarlas para reír o para causar vergüenza. Man boobs. Estas no eran man boobs, o a lo mejor así, en la posición en que estaba, podían parecerlo. El pecho de Henry Manville era terso y conservaba la curva de sus músculos.

Tal vez porque sintió que había hablado de más o entregado una historia que no me pertenecía escuchar, me dijo de la nada:

Tu inglés no es tan bueno. ¿Te va bien en ese posgrado?

Terminamos la pizza y justo cuando estaba a punto de despedirme, ponerme en puntas, decirle que yo era en realidad una bailarina y que no me vería nunca más, se me ocurrió un paso distinto que podía salvarme del verano. Lo planeé todo en el subway de vuelta a casa.

No sabe nada de mí, repetí mientras subía los escalones, abría la puerta del apartamento, me sentaba en el inodoro y volvía a imaginar que me mordía la víbora. No sabe mi verdadero nombre. Para él soy Daisy, periodista. Volvía a repasarlo todo en mi mente. Pronto acompañaría a Henry Manville en otra visita a Rikers Island para un segundo cliente mientras alguien subía la escalera de incendio y robaba el dinero. Desde el patio del café usaba la escalera de incendios, subía hasta su apartamento, alzaba la ventana y entraba, sacaba los rollos de la primera gaveta a la izquierda (la pistola era opcional, tal vez no era una mala idea), bajaba hasta el café otra vez y de ahí salía a la calle. Era perfecto. La fianza ya estaba pagada, esto no afectaría a Francis, que pronto estaría fuera esperando juicio si no lo estaba ya. Henry Manville desconocía dónde yo paraba. Tampoco tenía mi verdadero email, ni siquiera mi proveedor de internet. Mi teléfono era prepago y podía botarlo en el subway. Necesitaba a otra persona. Si lo hacía yo sería demasiado evidente. En cambio, si lo acompañaba mientras ocurría el robo, aunque luego desapareciera, podía librarme de una posible búsqueda, y lo que tal vez era más importante: me aseguraba que él no llegara al apartamento durante esas horas.

No tenía la suficiente confianza con nadie como para pedirle eso. Podría compartir el dinero. Si Jessica volviera de China tal vez lo graba convencerla de que lo hiciera. Me estremecí al ver el plan tan elaborado, al haber estado tan cerca de atreverme a imaginar algo así y vivirlo en mi cabeza como si fuera real.

Por la mañana puse una canción en loop y practiqué algunos estiramientos y posturas en la sala. El piso siempre estuvo un poco inclinado hacia la puerta de entrada, así que no me movía del centro de la habitación. Si mis papás pudieran verme haciendo equilibrios confirmarían sus ideas de que la mudanza a Nueva York había sido malgastar la vocación y el dinero. Cuando terminé encendí el aire,

no me importaba ya quedarme sin el último dólar. Me vino a la mente la falsa cuenta de correos, que no había chequeado más. Luego de intentar la contraseña un par de veces logré entrar. Tenía una solicitud. No podía creerlo. ¿Cuántos días había tardado en responderle a ese cliente? Le escribí que aún tenía espacios libres, que su correo se había ido a la carpeta de spam y que por eso me había tomado tanto tiempo. Que me dijera cuándo le parecía bien vernos. Yo suelo dar las clases en cafés, para practicar la conversación en lugares públicos y favorecer la espontaneidad, le puse al final. Saludos, Daisy.

Firmaba Bethany y según su dirección de correo su nombre debía ser Bethany B. Mason. Al googlearla solo aparecieron imágenes de vajillas caras. Me respondió ese mismo día. La idea de vernos en un café le parecía perfecta, que le dijera cuándo y dónde, en el verano tenía un horario flexible.

Yo quería volver al lugar de un crimen que aún no había ocurrido. Asegurarme de que mi estrategia se veía bien desde otro punto de vista. La cité en el patio del café detrás del edificio de Henry Manville. Le envié el libro de texto de las clases para que lo imprimiera. Tendré en mi mesa una margarita, le puse al final del mensaje, una common daisy. Así me reconocerás.

Esta vez hice todo el camino a pie, en una peregrinación. Los únicos momentos en la ciudad en que me sentía parte de algo era cuando cruzaba un semáforo. Los segundos en que marchaba entre desconocidos, a su misma velocidad, usando nuestros cuerpos como una barricada frente a los autos que buscaban la primera oportunidad para interponerse. Nada me pasará, pensaba equivocadamente en ese trance, estamos juntos, avanzando en la misma dirección. La victoria será nuestra. Sobreviviremos. Ni siquiera miraba a los lados, iba con la vista en el porvenir, mis hombros entre los hombros de otros. Al poner un pie en la acera nos dispersábamos, pero una comunidad similar se armaría en la próxima esquina cuando, fijado el momento, diéramos todos otra vez el primer paso.

Salí al patio con un iced coffee y unas servilletas. Me senté a la sombra de uno de los árboles. Acosté la margarita en la mesa, con la punta del tallo hacia mí. Veía el fondo del edificio de Henry Manville, la escalera de incendios descolgada hasta el piso entre un par de bicicletas herrumbrosas y lo que parecía un espejo roto. Si el aire movía alguno de los gajos alzaba a ver su ventana, la cortina gris, el filo abierto que aseguraba la posibilidad de alzarla desde fuera.

Reconocí a Bethany desde que entró al patio, mirando a ambos lados, cuidando que no se derramara su capuchino. Al ver la margarita levantó las cejas y me sonrió. Era una gordita rubia recién bañada, con un vestido azul de tirantes. Cuando se acercó pude sentir su olor a jabón. Tenía un lado de la cabeza rapado, y del otro el pelo lacio le

caía por detrás de la oreja. Parecía interesada, inteligente, aplicada en lo que se propusiera. No quise preguntarle cómo se había enterado de los anuncios porque podía sugerir la posibilidad de que yo le estuviera prohibiendo la entrada a la escuela de ballet. Ella misma lo dijo: Estudio actuación, algunas clases las tomamos en el edificio de ballet. Ahí me encontré tu anuncio.

Las dos hicimos como si la flor hubiera cumplido ya su función y fuera parte del decorado. De vez en cuando soplabla una brisa que movía las ramas de los árboles y dejaba llegar el sol a la mesa. Nos quedamos en silencio.

¿Trajiste tu pdf?

No.

Bajé la vista, me miré las uñas. La pintura se estaba descascarando. Chupé un sorbo del iced coffee. Ninguna de las dos hablaba.

Podemos practicar hoy cosas básicas, para la próxima debes traer tu pdf.

¿Por qué quitaste mis anuncios?

No dijo más. No era necesario. El pelo corto de la parte rapada se encendía con el sol.

¿No te interesan las clases de español, verdad?

Bethany subió los hombros y miró a otra parte. Había comenzado a sudar, le brillaban los hombros. No era tan gorda, solo tenía la apariencia de alguien que lo hubiera sido y ahora parecía fuerte.

Y a ti, ¿no te interesan las clases de estudios bíblicos?

Le pregunté si me podía confesar con ella. Negó con la cabeza. Me pareció que la historia que podía sacarme le despertaba curiosidad. Dijo que si le contaba rezaría por mí más tarde.

Si puedes rezar por alguien reza por mi roommate Jessica, que se fue a Shanghái hace semanas y no sé nada de ella.

Recordé los anuncios en el sótano, siempre flotando sin que faltara nunca una sola pestaña. Le pregunté si había quitado los míos. Me dijo que sí. Por eso no me había escrito nadie.

¿Qué onda con los pollitos?

¿Qué pollitos?

Los de tu anuncio.

Son para ilustrar el Salmo 91.

¿Te gusta enseñar pasajes bíblicos?

Daisy, ¿has oído de ese momento en que la gente a quienes nunca les han importado los demás y se han pasado la vida siendo unos hijos de puta al final se dan cuenta de lo que son y por una vez se ponen en el lugar de otro, lloran y se arrepienten, quieren pedir perdón y no pueden porque ya es tarde y se les ha ido toda la vida? Para mí es el momento más ridículo de la especie, y no me interesa tener que pasar por eso. Así que normalmente trato de ser una buena persona.

Yo tengo pensamientos criminales, confesé. En mi mente. Matar a alguien que me ha llevado al límite de querer hacerle daño. Lo único que me detiene es que después de hacerlo esa persona no estará ahí, y la necesito para decirle: ves, te maté.

Bethany se subió uno de los tirantes del vestido y cruzó los brazos. Mi miró y miró a otra parte.

No es por eso por lo que me confesaría, dije. Necesito dinero.

Yo no puedo pagar tus clases, lo siento. Debo la renta del verano.

Las indiscreciones, como ya dije, pueden pasar por una prueba de confianza. Le pregunté:

Bethany no es tu verdadero nombre, ¿cierto?

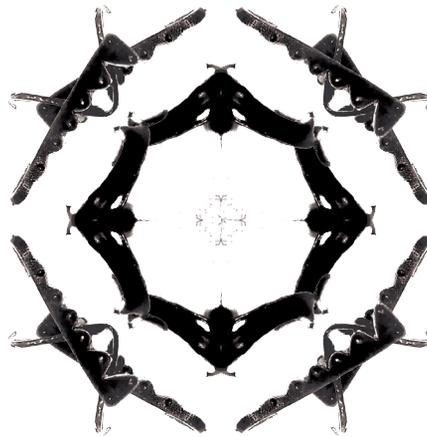
Claro que no.

La espuma de su taza conservaba perfectamente el dibujo del corazón. Yo creía en alguien que insistía en colgar anuncios para clases individuales de estudios bíblicos, aunque nadie le respondiera, una persona capaz de ir a enfrentar a quien los quitaba para ocupar su lugar y luego acabar ofreciéndole el mismo curso porque el mundo era una vergüenza ajena. Me gustaba el sentimiento de hallar refugio. Confiaba en la persona frente a mí. Creía en Bethany.

Yo tengo un plan. ¿Ves esa escalera?

Al despedirnos me pidió que le diera un día para pensarlo, pero estaba decidida. Lo supe porque me preguntó si podía llevarse la margarita.

Por supuesto, le dije. Es para ti.



José Ramón Sánchez (Guantánamo, 1972)

“Guantánamo y Occidente”

En un tren llamado “Guantánamo y Occidente”
llegaban los marines a la ciudad.

Medio siglo bebiendo y fornicando
sin ninguna consecuencia.

Excepto las molestas ITS,
un pueblo de abortos

y unos niños bastardos más rubios
que los niños promedio de la ciudad.

Los oficiales tenían su propio club
y algunos se casaron con jóvenes burguesas.

(Exportación sin ganancia de un material
genético de calidad que nunca ha sido repuesto).

Los bastardos de aquí y los mimados de allá,
aunque muy separados, tienen el mismo

origen marcial. “Guantánamo y Occidente”,
aunque enlazados, son destinos divergentes.

Norte-Sur+Este-Oeste

Y en el centro de la cruz, una evasiva,
puntos suspensivos, territorio libre de nadie,
mundo sin ley inventado por los leguleyos,

grado cero de las coordenadas
a partir del cual se definen
los estatutos del hombre sin derechos,

fiel de la balanza donde se pesa el mundo,
 paso que atraviesa los abismos:
 ni se vive, ni se muere,

se vive, a discreción, en el encierro,
 se muere, cuando a ellos le conviene.
 360 grados de ignominia

 dondequiera que te encuentres.

La piedra negra

En el centro del mundo,
 a 12793 kilómetros de distancia,

hay una ciudad sagrada;
 y en el centro de la ciudad una mezquita;

y en el patio interior de la mezquita hay un cubo;
 y en la esquina sur oriental del cubo una piedra negra

que bajó de los cielos el ángel Yibril
 “más blanca que la leche,

pero los pecados del hombre la volvieron negra”;
 y aunque solo es una piedra y el Profeta le dijo:

“No me olvido que eres una piedra y no puedes
 hacerme ni bien ni mal”, ella es el corazón del Islam,

el sitio que debemos alcanzar.
 Los besos que no le damos la limpiarán.

El beso imposible del prisionero
 limpia más que la saliva del ritual.

al-Hayar-ul-Aswad.

Abel Fernández Larrea (La Habana, 1978)

Por el camino de Sión

El Café Central

A veces me veo a mí mismo en Viena, en 1912, sentado en el Café Central de la calle Herrengasse, tomando un expreso con crema batida y comiéndome un *strudel*, junto a Kafka, Werfel, Brod y Buber. Arthur Schnitzler, Peter Altenberg y Felix Salten se han marchado hace un instante. En la mesa de al lado, León Bronstein —también conocido como Trotski— conversa con un jovencísimo Samuel Rosenstock —más tarde llamado Tristan Tzara, que va de camino a Zürich— sobre el legado de Herzl, el sionismo y la revolución. Aún faltan dos años para que Gavrilo Princip desencadene la Gran Guerra con un disparo al cuello del archiduque Franz Ferdinand, en Sarajevo. Aún no hay fronteras, solo un archipiélago de pequeñas naciones nombradas Schlesien, Böhmen, Mähren, Bukowina, Siebenbürgen, Galizien —también a veces Silesia, Bohemia, Moravia, Bucovina, Transilvania, Galicia—... Kafka y Brod acaban de llegar de Praga, y yo pienso tomar en la mañana el tren a Lemberg —que en unos años volverá a llamarse Lwów—, a visitar a mi madre y quizá a terminar un libro de cuentos inspirados en mi ciudad natal. Quizá lo escriba en yiddish, Brod está de acuerdo. Trago una última mordida del *strudel*, bebo un sorbo de café; con la punta de la lengua recojo los restos de crema que me han quedado sobre el labio. Werfel mira el piano con ganas de sentarse a tocar. Buber me pide un cigarrillo. Yo enciendo otro. El humo se esparce en una nube sobre la pequeña mesa del Café Central...

Entonces mi mente se llena de recuerdos de tiempos muy lejanos, anteriores a mi llegada a Viena; recuerdos de mi infancia en Lemberg. Recuerdos de cuando íbamos con Buber a la colina que estaba detrás de casa —la que llamaban “la colina del castillo”, donde estuvo luego esa prisión tan horrible—, para dejarnos deslizarnos con trineos rústicos por las laderas, esas laderas dóciles de la colina; o construíamos en la cima nuestro reino, que iba a ser eterno. Otras veces los recuerdos viajan más allá, se hacen más remotos, como el de un verano que pasé en Czernowitz, en casa de unas tías, el cual se

entrelaza a su vez con recuerdos de otros viajes más cercanos, posteriores a Viena, como las juveniles escapadas a Brünn y a Breslau. Mi mente, entonces, inquieta, tremola como una hojilla de álamo agitada por el viento, y tengo que acudir a calmarla como si ella fuera un niño nervioso que, en Czernowitz, añora su hogar y se pregunta dónde está su madre, aquella palabra tierna que se mezcla con esa palabra que en alemán es *städtl*, pero que en yiddish ha venido a convertirse simplemente en *shtetl*. Ah, *shtetl*, mi *shtetl*, mi pequeña ciudad, mi casa.

Y así como unas veces me veo a mí mismo infante y feliz, en Lemberg, en aquellos años de 1880, correteando por la calle de edificios pétreos de Zamkau, rumbo a la Calle de las Flores, o bajando las escaleras de la casa —esa casa martirizada muchos años más tarde, cuando la *Wehrmacht* desalojó a los vecinos y los hizo mudarse al triste barrio llamado entonces Zamarstynów, el gueto judío de Lemberg—, las escaleras como laderas de la colina “del castillo”; y otras veces, también parvo de edad pero añorante, en Czernowitz, mirando por la ventana fría un campo muy lejano y casi gris, preguntándome cuánto tiempo más falta para que vengan a buscarme, a llevarme de regreso a esa casa de piedras amarillas de la calle de Zamkau que alguna vez fue mi hogar, el sitio más amado y más acogedor en este mundo; así mismo me veo otras veces, como esa del Café Central, en Viena, pero años antes, aún imberbe, recién llegado a la ciudad junto a Buber, ambos estudiantes de liceo a punto de experimentar las cumbres luminosas, los desvelos, las juergas y todo tipo de delicias de los años de universidad. Me veo entonces en la Ringstrasse, con mis maletas de cuero un poco ajadas, el beso de mi madre ya distante en el tiempo y el espacio, apenas conservado en un ligero ardor de las mejillas azotadas por el viento del ferrocarril. En esos momentos Buber, que me conoce bien, guiña un ojo entre el humo del cigarrillo. “¡Ah, la nostalgia!”, dice, y nos quedamos todos mirándolo, conocedores de que inicia uno de sus “períodos discursivos”, que tanto nos divierten. “Nostalgia”, dice, “el sello de nuestra raza”. Y el joven Werfel le pregunta a qué se refiere. “Desde el principio de los tiempos”, continúa Buber, “estamos añorando una tierra prometida que poco hemos sostenido. Y cuando la tenemos, abundante de cultivos y hermosas torres, entonces añoramos el desierto. Jerusalén es más bella, con el sol dorando sus muros y sus cúpulas, cuanto más lejos estamos, como ahora en medio de la nieve”. Y todos nos miramos de vuelta un poco entristecidos, todos nostálgicos, asentimos. Y, al ver pasar la camarera por junto a nuestra mesa, pedimos una ronda de licor, para acallar las penas.

“Junto a los ríos, en Babilonia, allí nos sentábamos, y llorábamos al acordarnos de Sión”, continúa Buber tras una larga pausa, y tras

aclararse el gaznate con un trago de licor, “pero, ¿es que vamos a pasarnos todas nuestras vidas llorando? ¿No vale acaso más mirar hacia delante, y afianzarnos en una tierra que ya ha sido también nuestra durante mil años?”. Así hablaba Buber, con los ojos ya un poco turbios por el alcohol. “Sin embargo”, decía de pronto y se mesaba la barba, “¿es verdaderamente de alguien la tierra, o es todo lo contrario?”. Kafka, Brod, Werfel y yo lo mirábamos en silencio, lo dejábamos sostener así su diálogo consigo mismo. “Discurso dialéctico”, llamaba Buber a estos momentos, recordando a Hegel y a Sócrates. Pero solo yo sabía que esos diálogos que parecía sostener para nosotros entre dos áreas de su propio intelecto eran los ecos de discusiones que había sostenido años atrás con Herzl, discusiones acaloradísimas en torno a esos mismos temas, tan sensibles, en la redacción del periódico *Die Welt*.

Pero en ese tiempo los discursos de Buber no provocaban en mí igual afición que años antes. Mi mente iba y venía, junto a las volutas del humo del cigarrillo. Vivía yo en una suerte de vigilia inconstante —como cuando se yace por un tiempo prolongado o cuando el cuerpo sumergido en fiebre aflora por momentos en la superficie de un mar de lucidez— que me hacía estar mentalmente en otras partes cuando mi cuerpo se hallaba sentado a la mesa de la cocina, en la pensión que habitaba hacía tres años, mientras la casera me interpelaba sobre algún asunto y, creyendo que yo no le contestaba por guardar las distancias y hacerme el importante, dejaba sobre la mesa la tetera humeante o la escudilla con la sopa e íbase gruñendo y maldiciendo por la escalera; o, como ahora, en la mesa del Café Central, cuando Buber comenzaba sus disquisiciones sobre el alma israelita, yo no lo escuchaba sino que me ponía a recordar algún pasaje remoto de mi vida. Y si la camarera, al pasar junto a las mesas, o al servirnos café o licor, me lanzaba una mirada que yo podía interpretar como producto de su lubricidad femenina, entonces, de inmediato, sus facciones rechonchas de campesina eran sustituidas a mis ojos por las del rostro moreno de Frieda. Y la mesa y el café y todos sus parroquianos se difuminaban, y en el lugar que habían ocupado veía yo solamente las avenidas mal iluminadas que cruzaban el Bosque, o las explanadas, intensamente verdes en verano, del Prater, siempre acompañado por la calidez del cuerpo menudo e inquieto de Frieda. Y esos recuerdos me traían una alegría dolorosa y fugaz que se mezclaba con la nostalgia, incluso a sabiendas de que Riwka me esperaba en casa, en el cuarto de la pensión, presta a entregarse a mí hasta el alba. Aún más desazonado era estar junto a Riwka —a quien yo a veces llamaba “pececillo”, por la palabra que

utilizaban las vendedoras polacas de pescado en Lemberg—, y que ese nombre cariñoso de “pececillo” me remitiera sin remedio a las aguas del Danubio junto al malecón, de las que a veces asomaba la boca enorme un gobio o una tenca, y tal imagen siempre terminaba en Frieda, que al ver a estos peces no podía contener la risa y los remedaba abriendo mucho los ojos y poniendo la boca en forma de O. Y al llamar a Riwka “pececillo” me sentía también cruel, conocedor del daño que le hacía, porque en mi interior solo pensaba en Frieda y recordaba sus muecas, y hasta a veces al decir “pececillo” me era inevitable una sonrisa molesta y fuera de lugar.

También pensaba en Frieda cuando acudía, acompañado de mis amigos vieneses, a alguna exposición de arte moderno, como las que en esos días daban Kubin, Kokoschka o Schiele —o incluso las más fastuosas, de Klimt, que Frieda tanto admiraba—. Allí, frente a los cuadros, recordaba otras exposiciones a las que había ido con ella, de modo que en lugar de los cuadros nuevos veía los antiguos, los que sabía que Frieda había visto; o me detenía en los detalles coloridos de los que tenía delante, pero viéndolos como si ella los viese, y formábase en mi mente una opinión impostada, impropia de mi valoración personal, pues no me correspondía, sino que era el reflejo o la reconstrucción de lo que Frieda hubiese pensado ante ellos. Y recordaba que su pasión por el arte llegaba a intentar adquirir todo lo que sus modestos recursos le ponían al alcance, obras en su mayoría mediocres y faltas de valor artístico, pero que ella atesoraba por ser las que su bolsillo y su gusto personal le permitían; como un lienzo que una vez me mostró, en el cual se plasmaba escaso talento, pero que ella exhibía con orgullo cándido. Lo había comprado, según me comentó, a uno de esos artistas mendicantes que tanto abundaban en Viena, un tal Adolf Schicklgruber. Este tal Schicklgruber —que, por ironía del destino, años más tarde y con otro apellido, siendo canciller de Alemania, hubo de volcar toda su frustración artística en la devastación de la Europa civilizada—, le había vendido el cuadro por una bicoca, con la única condición de que jamás fuera a parar a manos de un judío. Y luego Frieda, en un acto que mostraba tanto inconsecuencia como ese sentido del humor que se podría llamar cruel y que es tan propio de algunas mujeres hermosas, al mostrarme el cuadro insistió en que me lo quedase como recuerdo de su persona y de las tardes que pasamos juntos.

Es curiosa la manera en que una persona determinada puede llegar a colmarnos toda la memoria, de tal modo que todos los recuerdos, anteriores o posteriores a ella, se contaminan de su presencia y de su parecer. Así, si bien en el caso de Viena es perfectamente

comprensible que esta ciudad me recuerde tanto a Frieda, por la razón de que apenas existe callejuela, buhardilla, catedral o parque por los cuales no haya pasado con ella, y que incluso los que no comparten esa cualidad se parecen a otros que sí lo hacen; podría resultar irracional que otras ciudades, como Lemberg, Praga o Brünn, también llevaran de algún modo la memoria de Frieda, se exornaran con sus rasgos, se vistieran de su perfume. Pero es que Frieda llegó a acaparar en cierto momento de mi vida tantas facetas de esta, se imbricó de tal modo con el tejido de mis recuerdos, que incluso llego a verla, de cuerpo presente, en sitios y momentos anteriores y distantes a aquellos que le son comunes, aun aquellos que pertenecen a períodos en los que no la conocía o de los que ella no había participado. De ese modo pienso también en Frieda al evocar aquel viaje a Praga que, poco tiempo después de terminar la universidad, hicimos Buber y yo, viaje en el que trabamos amistad con Kafka y con Brod. Porque, de todos los que ahora ocupábamos la mesa del Café Central, solo Werfel, el más joven de los cinco, era una amistad reciente. Buber y yo habíamos compartido infancia en Lemberg de igual manera que Kafka y Brod lo habían hecho en Praga, y Werfel, que, aunque procedía de esta ciudad había sido en Viena que habíamos llegado a conocerle, pertenecía a una generación más joven, y se arrimaba a nosotros, los “viejos”, por afinidades de espíritu y ciertos rasgos culturales compartidos que desbordaban tal diferencia de edad. Precisamente era esa su juventud, su lozanía y candidez, la que le permitía interrumpir a Buber en pleno discurso, e interperarlo de formas que a nosotros nos hubieran resultado imposibles, por el hecho de guardar una amistad antigua con él. Cuando Buber hablaba de la necesidad de que los judíos europeos nos arraigásemos en nuestras regiones, nos amalgamásemos con las poblaciones locales y nos olvidásemos de una vez de la idea y del recuerdo de la “tierra prometida”, en tanto nación física, para abrazar el concepto de “nación cultural”, de una identidad religiosa, moral, filosófica y pragmática que trasciende las fronteras; Werfel, por su parte, aunque compartía algunos de estos puntos de vista, atacaba su eficacia con datos concretos que los socavaban. “Sin llegar a mentar sucesos como los últimos pogromos en territorio del Imperio Ruso”, le decía, “ni el caso de los guetos y las “zonas de tolerancia” o los edictos de expulsión, ¿qué me dice usted del caso Dreyfuss, en nuestro pasado reciente?”. Buber sonreía, pues lo estimulaban este tipo de oposiciones. “Entonces, amigo mío”, respondía, “no queda más remedio que iniciar la revolución o continuar sufriendo”. Ante estas palabras, León Bronstein en la mesa de al lado tornaba su cabeza

hacia la nuestra, y levantaba su copa para ofrecer un brindis. “Por la revolución”, gritaba casi en su fuerte acento ruso. Todos reproducíamos el gesto. El coñac —que había sustituido al licor— me bajaba por la garganta quemando las mucosas, y volvía a traerme ese recuerdo ubicuo de Frieda que se formaba ante mis ojos como un espectro en medio del Café Central. Oh, Frieda, en lugar de alzarse por la causa de un pueblo sería más humano hacer la revolución por el amor de una mujer.

A veces Kafka contaba alguna anécdota graciosa, y todos nos desternillábamos de risa. A cualquier paseante, pareceríale entonces Kafka un tipo graciosísimo, presto a colar el chiste en cualquier circunstancia. Sin embargo, él siempre era el último en reír de sus propias ocurrencias. Figurábame yo —conociendo mejor la personalidad de Kafka— que simplemente le pasaban por la cabeza las elucubraciones más absurdas, o que recordaba expedientes que, aunque conocíamos que podían suceder en el mundillo del funcionariado imperial, en él parecían más feroces, más inconcebibles; y él, demasiado afectado para saber si debía reír o no de tales experiencias, las sometía a un público selecto —el nuestro—, con la esperanza de que nosotros lo guiásemos por el camino de la justa emoción. Si este “selecto” comité reía, por consiguiente, le sería también a él dado reír.

Fue precisamente a través de Kafka, en una visita suya, anterior, a Viena, que conocí a Frieda. Por ello, más que a los otros, más que al mismo Buber, era a Kafka a quien yo miraba con más aprecio, casi con agradecimiento, pues pensaba que sin su mediación quizá hubiera sido imposible llegar a conocer a Frieda; y no porque fuese ella una persona cuyo acceso me estuviera vedado, sino porque, a pesar de que frecuentábamos los mismos lugares, yo nunca me hubiese atrevido a abordarla de faltar la introducción formal hecha por Kafka. Así que, aunque no lo pensara un “gracioso”, como sí lo hacían otros —o quizá precisamente por el hecho de no hacerlo yo—, lo veía con un afecto muy especial que yo atesoraba por encima de otros afectos, y al verlo reír casi que me compadecía de él, porque sabía el esfuerzo que esa risa le habría costado, de tan trastornada que estaba su capacidad de demostrar o de exteriorizar la más nimia emoción. Y también yo reía con gusto, rebasado ese primer momento compasivo, porque entendía que para él reír a carcajada suelta era también un alivio y una esperanza. Esa risa era la libertad.

Kafka me presentó a Frieda una noche de concierto en la Musikverein. La orquesta interpretaba el *Erwartung*, de Schoenberg, a quien conocíamos personalmente; y allí, en el *intermezzo*, entre la gente de la sala surgió ella y saludó efusivamente a Kafka. Algo en sus ojos

y en sus labios, en su vestido de seda artificial negra —con las manguitas abombachadas, el cuello y los hombros descubiertos—, en el pelo abundante y negro, abultado alrededor de la cabeza, con un amplio mechón que le bajaba por un costado del cuello y caía sobre el hombro; algo se me antojó muy cercano, conocido, como si antes ya la hubiese visto en sueños. Kafka le devolvió el saludo, y con una sonrisa la acercó a mí y la presentó como la señorita Frieda Märkel, de Budapest. No dijo de dónde la conocía, y yo era consciente de que Kafka jamás había pisado suelo húngaro, así que resultaba imposible que hubieran hecho amistad en aquella ciudad. Me llamó mucho la atención la manera desenfadada de Frieda, sus modales casi vulgares, pero a la vez muy naturales. Su pequeña estatura se veía compensada con esa naturalidad, con su forma de cubrir todo el espacio con sus gestos y su risa. Yo, que la sentía ya casi, en ese momento, como una vieja amiga, seguía absorto el movimiento de sus labios al hablar, con ese acento rústico y a un mismo tiempo cosmopolita. Cualquiera hubiese pensado que pertenecía a alguna clase de nobleza provinciana, magyar, ruda y asiática. En un momento reparé en un adorno que colgaba de su cuello, de una cadenita de plata. Tratábase de una alhaja de latón bañado también en plata, de valor más sentimental que material, cuya forma plana representaba una mano abierta y exhibía el nombre de Jerusalén en caracteres hebreos y un *Mogen Dovid* surcado de lunas y otros astros. Le llamé la atención sobre el adorno, y ella respondió que era recuerdo de una abuela. Sin embargo, al preguntarle yo si su abuela era judía —pues era de todos conocida la importancia del gueto judío de Budapest—, ella lo negó con una sonrisa. Pero sus rasgos —que bien podían pasar sencillamente por húngaros o italianos, o incluso eslovacos; aunque, sin duda, también por hebreos— me resultaban muy familiares, cual si de repente hallase ante mí a una prima perdida por mucho tiempo, pero con quien hubiese compartido varios años de infancia. Tiempo después nos reiríamos cuando por la calle alguien a quien hubiésemos conocido recientemente nos preguntaba si éramos hermanos. Y es que Frieda bien hubiera podido pasar por mi hermana si así la hubiese presentado en alguna reunión. Su pelo espeso y negrísimo, los ojos oscuros, los pómulos fuertes y la nariz larga y puntiaguda eran más comunes a mis propios rasgos que, por ejemplo, los de Riwka, tan rubia, a quien el cabello muy rizado y rojizo, los ojos casi blancos y la piel rosada y propensa a las pecas le otorgaban cierto aire inmaterial y feérico.

Y, al serle presentado a Frieda, ella había abierto los ojos y había comenzado a reír, casi a dar brincos de alegría, pues resultaba que

justo ese día había comprado un libro mío —el único publicado hasta la fecha— en una librería de Stephansplatz. Había llevado el libro a casa con la intención de empezar a leerlo inmediatamente, pero entonces había llegado una amiga suya a visitarla. La amiga había hecho bien —para mi beneficio—, pues le había regalado el ticket para el concierto de esa noche en la Musikverein, pero, mientras bebían té acompañado de *sacher*, le había soltado una perorata que Frieda, al despedirla, había quedado con un fuerte dolor de cabeza. Así que la lectura de mi libro habríase de postergar hasta el día siguiente. Yo le dije entonces que el libro podía esperar, y ella sugirió que yo debía escribirle alguna nota de recuerdo, como un autógrafo, en la portadilla del libro. Le respondí que con mucho gusto lo haría si ella llevaba el libro a nuestro próximo encuentro, y ella rió con un poco de vergüenza, pues yo acababa de sugerirle ya encontrarnos una próxima vez. Lo cierto es que esta próxima vez se había dilatado, pues la noche del concierto, con la timidez de los que acaban de ser presentados, no habíamos quedado en cuál sería nuestro encuentro siguiente. Pero quiso el azar que dos semanas después me encontrase yo a Frieda en una exposición en el Secesión, y que allí, como ya habíamos sido debidamente presentados en la ocasión anterior, ella se me acercase y compartiera un rato de conversación conmigo. No llevaba el libro esa vez, pero al menos me sirvió ese encuentro para saber dónde ella vivía, pues al salir del Secesión le ofrecí acompañarla. Tomamos un coche junto al portón, y ella indicó al cochero que la dejase en su portal, en la Kärntnerstrasse. Al bajarse ella, dejome el clavel que llevaba prendido de la blusa, y yo seguí viaje acariciando esa flor, como si de sus suaves manos, sus mejillas blancas o su cuello se tratase.

Aunque aquella vez Frieda no me invitara a subir a su apartamento, quizá con un leve movimiento de ojos o un detenerse demasiado para bajar del coche, yo no lo sentí entonces como prohibición o reticencia, sino como uno de esos juegos amorosos que anteceden el abrazo pleno, cuando antes de estrechar un cuerpo primero se entrelazan las miradas y los gestos, luego se entabla un duelo verbal en el que nada se dice claramente pero todo se expresa de igual modo, sutil y explícito a un tiempo, hasta que por fin los cuerpos ceden y se aceptan de modo casual, como si fuese un accidente. Pero precisamente el hecho de que dejara pasar esa oportunidad de recibirme en su apartamento, dejando abierta la invitación para alguna ocasión postrera, diome a mí la oportunidad de imaginar cómo hubiera sido mi entrada en tal recinto, o incluso cómo fue la de ella, al llegar de la calle, después de aquel encuentro conmigo en el Secesión, tras

haberse desprendido, para dármele, el clavel que adornaba su blusa. Imaginábame yo, a partir de esa posibilidad única, el recibidor de la casa de Frieda, la salita donde en las tardes recibiera invitados a tomar el té, o donde se recostaría en las noches a leer mi libro. La veía en mi mente, en esas ocasiones, librándose tras un biombo de la ropa de calle y vistiendo en su lugar algún camisón de seda traslúcida, reclinada en un sillón tapizado, hojeando mi libro con ansia, pero muy lentamente, como si quisiera aprehender en ese instante hasta lo más nimio de esa acción de pasar suavemente las páginas de un libro. E imaginábame el tratamiento que ella le daría a esas páginas, cual si el libro fuese mi propia persona; cómo lo acariciaría al tomarlo de la mesita donde lo habría dejado la noche anterior y cómo, al abrirlo, quizá le haría los mismos guiños que a mí cuando me hablaba. Y ella, leyendo el libro, lo trataría de igual modo que si entablara conmigo una conversación, de esas mismas conversaciones que preceden al abrazo, esos mismos juegos amorios que yo imaginaba, a los que pertenecía sin duda el hecho de que ella no insistiese en hacerme pasar a su apartamento, y que me permitía luego acariciar el clavel e imaginarla reclinada en el sillón tapizado, pasando con delicadeza tímida las páginas del libro.

Del mismo modo en que, al despertar, si se está muy cansado del día anterior el cuerpo pugna por seguir recostado y la mente acude a subterfugios para convencerlo de que es hora, como el de aferrarse a un hilillo de luz que se cuelga entre las cortinas, o a un ligero golpe de viento que penetra por las rendijas, así aferrábame yo a una iluminación particular o al olor pesado del tabaco y las bebidas que llenaban el aire en el Café Central, para alejar de mi mente el recuerdo de Frieda y volver a ese momento, a la conversación con mis compañeros de mesa. Porque ese recuerdo, por reciente, aún me resultaba doloroso, con la turgencia de las cosas nuevas que aún no se han aclimatado a la memoria, que no se han vuelto todavía orgánicas y resultan incómodas. Y como cualquier otro recuerdo, como los de mi infancia en Lemberg, se me confundía con el de ella —aparecía ella también allí donde no debía haber existido, como una prima más que jugara con el recuerdo de mí niño, bajando la “colina del castillo”, u oculta en algún rincón de la escalera, de la casa vieja de piedras amarillentas—, rechazaba yo también aquellos, y me concentraba, para alejarlos, en el matiz de algún traje de señora, particularmente llamativo, o en el estampado de un tapiz que, aunque lo hubiera visto muchas veces y me fuera acostumbrado de mis visitas al café, causábame impresión suficiente para verlo entonces con nuevos ojos, como si lo viese por vez primera.

Afuera del café ya el sol debía de haberse puesto tras los montes, lanzando entre las rocas su última luz del día, quemando el borde del

cielo. Y el pensamiento de este sol moribundo me trajo el recuerdo de mi primer amanecer en el Bosque, acabado de llegar a la ciudad. El sol despertaba entonces entre las ramas de las hayas, los robles y los fresnos, hacia el final del verano, cuando las hojas aún no habían comenzado a enrojecer. Tuve la sensación entonces de que el mundo renacía del letargo, y era otra vez joven y hermoso, allí, entre árboles antiguos y nuevos, de cortezas brillantes y follaje limpio, y los rayos del sol, dorados, me secaban una lágrima incipiente de felicidad que asomaba en el borde de mis ojos, libre al fin, eterna. Había dejado atrás mi infancia, el cálido abrazo de mi madre y la acostumbrada quietud de mi ciudad natal, mi pequeña ciudad, mi *shtetl*, por una ciudad nueva y boyante, como una flor recién nacida cuyos colores deslumbran y cuyo aroma embriaga. Viena era entonces la luz de ese mismo sol naciente entre los árboles, era el centro del mundo, de un mundo que se alzaba nuevo y vibrante sobre un campo blanco, la *Vindobona* de los celtas, de los romanos, del universo. Y esa imagen prístina contrastaba ahora con la del adiós. Supe que no regresaría jamás a esa Viena, y que la ciudad que me abrazara de tal modo en aquel tiempo ya había desaparecido, envejecida, vejada y turbia. Aún el mundo era nuevo, aún era Viena el centro de ese mundo, de ese archipiélago de pequeñas naciones nombradas Schlesien, Böhmen, Mähren, Bukowina, Siebenbürgen, Galizien, pero ya se avecinaba la tormenta, una tormenta de nieve y cenizas que arrasaría para siempre con esa paz y esa trepidante luz solar que se colaba entre las ramas, que borraría de cuajo los recuerdos. Yo regresaba a casa, a mi *shtetl*, al abrazo cálido de mi madre. Dejaba atrás la ciudad, la juventud y el amor. La Ringstrasse, el Bosque, el Café Central, mi Frieda, ya quedarían atrás, sin vida, sin luz, congelados para siempre como una fotografía de la memoria. Y ahora el coñac bajaba calentando mi garganta, dándome fuerzas para continuar, junto a Kafka, Brod, Werfel y Buber, amigos que también quedarían lejos, atrapados en esa fotografía condenada a perder con los años el brillo y el contraste. Y así los veo ahora, me veo a mí mismo como ya nunca seré, en Viena, 1912. Un último trago de coñac. Brod propone un brindis por los cuentos recientes de Kafka. Werfel al fin se decide, se sienta al piano, toca el primer compás de la sinfonía número siete de Mahler, *Canto de la noche*. Buber me pide otro cigarrillo. Yo le ofrezco la pitillera, plateada, regalo de Riwka, y tomo también uno para mí. El papel comienza a arder con la brasa, y otra vez el humo se esparce en una nube sobre la pequeña mesa del Café Central.

Jean-Michel Espitallier

(Barcelonnette (04), 1957)

Traducción: Oscar Cruz
(Santiago de Cuba, 1979)

En guerra

Aquí y allá

1. El mundo es la suma de todo lo que está aquí + todo lo que está allá.
2. La totalidad del mundo es la totalidad de los allá del mundo menos un allá que está aquí.
3. El aquí es la suma de los allá menos los aquí menos uno.
4. Visto desde allá, falta siempre un allá en la totalidad de los allá del mundo, y ese allá faltante está aquí. De modo que, no se puede considerar un universo únicamente constituido de allá. O todo lo que no está aquí, no existe.
5. De modo que, todos los allá, a la vez que no están aquí, no existen.
6. Y pues, el mundo no existe. Salvo aquí.
7. “Veré allá si soy”, es una idea difícil de ejecutar.
8. Todo lo que está allá, jamás viene de aquí, salvo que uno fuera a buscarlo y se quede.
9. Así como no puede verse el aquí de aquí, tampoco no puede verse el allá de aquí.
10. El valor de aquí varía con arreglo al aquí. “Doctor, estoy mal aquí”, no designa el mismo aquí, que el “aquí en Europa”, incluye, “doctor, estoy mal aquí”, si el mal y el doctor están “aquí en Europa”. Resulta que “doctor, estoy mal aquí”, no designa el mismo aquí, que el “aquí en Europa”, aunque “doctor, estoy mal aquí”, se encuentra “aquí en Europa”. Existe pues, una relación de inclusión entre varios aquí, pues el aquí está siempre incluido en un aquí más grande que él.
11. Entonces se deduce que cada aquí está constituido de una infinidad de aquíes, que se encajan los unos en los otros, como las muñecas rusas, aquí mismo en Europa.
12. Esta relación no es recíproca (“aquí en Europa”, incluye, “estoy mal aquí”, pero “estoy mal aquí”, no incluye “aquí en Europa”).
13. Si ese que tiene un “mal aquí”, llama desde China al doctor que está “en Europa”, la relación entre esos dos aquí, es una relación, digamos, telediagnosticada espacio-defasada. Porque “estoy mal aquí” está incluido en “aquí en China”, y el doctor que se encuentra “aquí en Europa”, debe diagnosticar el “mal aquí”, que no es “aquí en Europa”.
14. Dos aquí = 1 allá que no está aquí + 1 aquí que no está allá (salvo para allá).
15. Si para aquí, allá = allá, para allá, aquí = allá, pero para allá, el allá no iguala forzosamente el aquí.

16. Los millares de allá que están allá para los otros allá no existen, por esos otros allá que no existe para los que están aquí.
17. La totalidad de los otros allá, corresponde a la totalidad de los potenciales aquí.
18. Un allá no iguala nunca otro allá, aunque esté aquí, dos allá distintos, son indistintamente allá.
19. Cada allá es el allá de todos los otros allá, a la vez.
20. La frontera entre el aquí y el allá no es cierta.
21. El enunciado “estoy allá” es una imposibilidad lógica, como por ejemplo:
- Tiene sus reglas.
Eso huele a ruido divertido.
La primera vez que fui a New York estaba en California.
Tenemos tres hijos únicos.
Peso 1,81 m.
Las cuento con los dedos de la cadera.
Mi madre es todavía señorita.
Abierto 24 horas hasta 22 : 30h.
Asesiné al único hermano de mi hermana.
Mi padre murió al nacer.
El 97% de las personas interrogadas estaban con vida.
Nuevos horarios para el tercer semestre.
Los gemelos Jean y Pierre se llevan diez meses.
Los hermanos André se llevan tres meses.
Acaba de iniciar la travesía de América a nado.
Ganó el Tour de Francia de las Bouches-du-Rhône.
La marina austríaca, les habla mierda.
22. Un solo aquí para dos allá es una aberración lógica. ¿O entonces es la guerra?

En guerre Ici et là-bas

1. Le monde est la somme de tout ce qui est ici + tout ce qui est là-bas./2. La totalité du monde est la totalité des là-bas du monde moins un là-bas qui est ici./3. Ici est la somme de tous les là-bas moins tous les là-bas moins un./4. Vu de là-bas, il manque toujours un là-bas à la totalité des là-bas du monde, et ce là-bas manquant est ici. Si bien que l'on ne peut envisager un univers uniquement constitué de là-bas. Or tout ce qui n'est pas ici n'existe pas./5. D'où il résulte que tous les là-bas à la fois qui ne sont pas ici n'existent pas ici./6. Et donc le monde n'existe pas. Sauf ici./7. « Allez voir là-bas si j'y suis » est un ordre difficile à exécuter./ 8. Tout ce qui est là-bas ne vient jamais ici, sauf si on va l'y chercher et qu'on y reste./ 9.

De même que l'on ne peut voir ici que d'ici, de même ne peut-on voir là-bas que d'ici./ 10. La valeur d'ici varie en fonction d'ici. « Docteur j'ai mal ici » ne désigne pas le même ici que « ici en Europe », « ici en Europe » inclut « docteur j'ai mal ici » si le mal et si le docteur sont « ici en Europe ». Il découle que « docteur j'ai mal ici » ne désigne pas le même ici que « ici en Europe » même si « docteur j'ai mal ici » se trouve « ici en Europe ». Il existe donc une relation d'inclusion entre plusieurs ici puisqu'ici est toujours inclus dans un plus grand ici que lui./11. D'où l'on déduit que chaque ici est constitué d'une infinité d'ici qui s'emboîtent les uns dans les autres comme des poupées russes, même en Europe. /12. Cette relation n'est pas réciproque (« ici en Europe » inclut « j'ai mal ici », mais « j'ai mal ici » n'inclut pas « ici en Europe »)./13.

Si celui qui a « mal ici » téléphone depuis la Chine au docteur qui est « en Europe », la relation entre ces deux ici est une relation dite télé diagnostical espacio-décalée. Parce que « j'ai mal ici » est inclus dans « ici en Chine » et que le docteur qui se trouve « ici en Europe » doit diagnostiquer le « mal ici » qui n'est pas « ici en Europe ».

14. Deux ici = 1 là-bas qui n'est pas ici + 1 ici qui n'est pas là-bas (sauf pour là-bas)./15. Si pour ici, là-bas = là-bas, pour là-bas, ici = là-bas, mais pour là-bas, là-bas n'égale pas forcément ici./16. Les milliers de là-bas qui sont là-bas pour les autres là-bas n'existent pas pour ces autres là-bas qui n'existent pas pour ici./17. La totalité des autres là-bas correspond à la totalité des potentiels d'ici./18. Un là-bas n'égale jamais un autre là-bas même si pour ici, deux là-bas distincts sont indistinctement là-bas./19. Chaque là-bas est le là-bas de tous les autres là-bas à la fois./20. La frontière entre ici et là-bas n'est pas très nette./21. L'énoncé « Je suis là-bas » est une impossibilité logique, comme par exemple://Il a ses rag-nagnas./Ca sent un drôle de bruit./La première fois que je suis allé à New York c'était en Californie./Nous avons trois fils uniques./Je pèse 1,81 m./Je les compte sur les doigts de la hanche./Ma mère est encore pucelle./Ouvert 24 heures sur 24 jusqu'à 22h30./J'ai assassiné le frère unique de ma sœur./Mon père est mort à la naissance./97% des personnes interrogées étaient en vie./Nouveaux horaires pour le troisième semestre./Les jumeaux Jean et Pierre ont dix mois d'écart./Les frères André ont trois mois d'écart./On vient de donner le départ de la traversée de l'Amérique à la nage./Il a gagné le Tour de France des Bouches-du-Rhône./La marine autrichienne, elle vous dit merde./22. Un seul ici pour deux là-bas est une aberration logique. Ou alors c'est la guerre.



Lizabel Mónica
(La Habana, 1981)

Tiempos de lectura: Acercamiento a la novela *Museo de la Revolución*

I La importancia del tiempo en la obra de Martín Kohan

Martín Kohan, autor de la novela *Museo de la Revolución* (Mondadori, 2006), nació en Buenos Aires, en el año 1967. Tiene en su haber varios libros de ensayos cuyos temas atraviesan las relaciones entre literatura y vida: *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón, cuerpo y política* (1998), *Zona urbana. Ensayo de lectura sobre Walter Benjamin* (2004), y *Narrar a San Martín* (2005). Si bien en el género de ficción ha publicado tanto libros de cuentos como novelas, sus obras de largo aliento superan en número al resto de su producción. Tanto en los libros de ensayo, como en las novelas, el tema del tiempo parece ser central.

En *Los Cautivos* (2000), Kohan realiza la recuperación histórica del escritor argentino Esteban Echeverría (1805-1851), entrecruzando las perspectivas de distintos personajes-tipos que conforman el imaginario de la historia nacional. Aquí el tiempo aparece como oposición entre temporalidad de lo cotidiano, y aquella relativa a la escritura o labor intelectual. El tiempo es además un bien poseído por las clases dominantes en una clásica recreación del binomio civilización y barbarie, lo cual se hace explícito en la obra cuando el narrador enuncia: “Es nuestra la medición del tiempo” (15).

Por otro lado, en *Dos veces junio* (2002) y *Segundos afuera* (2005), la temporalidad aparece como vía de investigación histórica y de recuperación de la memoria colectiva nacional. En la primera, la superposición de dos fechas marcadas

por dos mundiales deportivos (1978 y 1982) enmarca el periodo histórico de la dictadura, y permite a la novela adentrarse en la trama desde un relato que viaja entre pasado y presente, recuerdo y vivencia. *Segundos afuera* maneja a su vez la cita deportiva a partir de la referencia a una pelea icónica de boxeo entre el argentino Luis Ángel Firpo —apodado “El toro de las Pampas”— y el estadounidense Jack Dempsey —alias “The Manassa Mauler”—, ocurrida en New York, en 1923. El tratamiento temporal de esta novela vuelve a la superposición de épocas, esta vez separadas por el espacio de medio siglo: la recreación de la pelea de boxeo, más una recuperación narrativa de la Primera Sinfonía de Gustav Mahler, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Viena —y dirigida por Richard Strauss— en el teatro Colón de Buenos Aires, serán ambos encargos periodísticos para un diario argentino en la posterior fecha de 1973. El alternar entre las medidas cronológicas de segundos, días y años, así como la fragmentariedad de la obra y el vaivén entre pasado, presente y futuro, otorgará a la temporalidad, nuevamente, una suerte de dualidad que le permite funcionar a la vez un recurso y una línea argumental.

Salta a la vista el interés de Kohan en combinar las variables de tiempo, historia y memoria. Sus novelas realizan la recuperación de un pasado histórico mediante la recreación desde la memoria y sus variantes (memoria colectiva, memoria personal,

posmemoria). En cada uno de los casos, el tiempo funciona como herramienta que vincula el procedimiento de *lectura* del pasado que realiza el autor, con aquel que convoca, a su vez, en el *lector implícito* de la obra.

La novela que sigue a *Segundos afuera* (2005), es *Museo de la Revolución* (2005), ficción a la que dedicaré las siguientes páginas de este ensayo. En esta, como en las novelas anteriores aquí mencionadas, el tiempo ocupa un rol fundamental, aunque se agrega a ello la variación de presentarse aquí como tópico que es discutido por los personajes mismos de la obra.

II La temporalidad en *Museo de la Revolución*

“El tiempo no es relación, ni residuo, ni sustracción: es la ontología del proletariado y su posibilidad de autovaloración. Y autovaloración es liberación”.

ANTONIO NEGRI

Fábricas del sujeto / ontología de la subversión

En *Museo de la Revolución*, Marcelo, el protagonista, viaja a México desde Buenos Aires para cerrar contratos por encargo de la editorial para la cual trabaja. En este viaje conoce de la existencia de un cuaderno dejado por Rubén Tesare, militante revolucionario desaparecido en tiempos de la dictadura militar. El protagonista sospecha que este diario posee valor suficiente como para justificar su publicación, así que se da a la tarea de conseguirlo. Comienza entonces a sostener una serie de reuniones con Norma Rossi, exiliada argentina en México, quien tiene el cuaderno en su poder. Los encuentros con Rossi transcurren entre las lecturas del cuaderno que esta presenta a Marcelo, un libro de notas que reflexionan en torno a la temporalidad revolucionaria, y los relatos orales que

Rossi hace del último día que vivió Tesare antes de caer en manos de sus secuestradores.

En el transcurso de la novela, Marcelo comienza a sentirse intrigado, a la vez que confundido, por las extrañas reuniones que sostiene con Norma Rossi. La mujer alterna sus lecturas apasionadas de las notas reflexivas de Tesare con el relato oral de la experiencia personal del joven, un relato demasiado íntimo, que en el transcurso de la novela es incluso recreado *in situ* por Rossi con la ayuda reticente de Marcelo. Estas recreaciones representan las últimas escenas vividas por Tesare, enfocadas desde su relación amorosa con una desconocida con la que entabla relación en camino de cumplir una misión para la célula revolucionaria a la que pertenece.

Hacia el final descubrimos que Fernanda Aguirre, aquella enigmática desconocida que entregó y traicionó a Rubén Tesare, no es otra que la misma Norma Rossi, la poseedora del cuaderno y quien puja por recuperar la memoria de Tesare. Luego de conocer toda o casi toda la historia, Marcelo comenta a su editor que el cuaderno de Tesare no tiene relevancia editorial, y tras quedar solo en su habitación del hotel, se dispone a escribir, cerrando así la novela que nos devuelve al inicio de la obra con la certeza de que lo leído no es sino el cuaderno de notas de nuestro protagonista.

Para contarnos esta historia, el escritor y profesor de Teoría Literaria, Martín Kohan, lleva a cabo el despliegue de una serie de cajas chinas en torno al acto de lectura. En palabras de Mario Vargas Llosa, una caja china o muñeca rusa —*matrioska*— es “una historia como aquellos objetos folclóricos en los que se hallan contenidos objetos similares de menor tamaño, en una sucesión que se prolonga a veces hasta lo infinitesimal” (Vargas Llosa, 96). En *Museo de la Revolución*, la superposición de relatos que se manifiesta a través de este sistema de cajas chinas ocupa un rango diegético que va desde el acercamiento de nuestro protagonista Marcelo, a un cuaderno de notas escrito en la Argentina de 1975, teniendo como intermediaria a la intrigante

Norma Rossi, hasta la revisión de pasajes de autores clásicos que reflexionan sobre la temporalidad en el contexto de la Revolución de Octubre.

Veamos detenidamente la estructura de cajas chinas que la novela pone a nuestra consideración. En orden descendente hacia el interior de la trama —como quien va al interior de una *matrioska*—, encontramos las diferentes capas temporales: C, B¹, B y A.

C-Los lectores (usted y yo) de la novela *Museo de la Revolución*, leen la historia de Marcelo, en la actualidad de una temporalidad que, si tomamos la fecha de publicación del libro, es coincidente o posterior al año 2006. El narrador de esta capa narrativa que engloba a las siguientes es Marcelo, pero el artífice, sabemos, es Martín Kohan. La voz de Marcelo —salida de las manos de Kohan—, nos narra en primera persona del singular, sus tratos con Norma, la poseedora de los dos diarios de Tesare, y es pieza clave para las próximas subcapas narrativas:

—¿Y el diario?

Te lo voy a dar todo, me dice Norma Rossi, y no deja de pasarme una mano, pero ahora de revés, por el borde de la cara. (...)

—¿Me los vas a dar entonces?

Norma me abraza. Me pide disculpas por haberse ido así anoche, y vuelve a decir tres o cuatro cosas bruscas sobre ese hombre ya lejano que se llamaba Jorge. Te voy a dar todo, dice, y como no deja de abrazarme, su voz suena extrañamente detrás de mí, fugada hacia la nuca, cayendo a mis espaldas. Por eso aunque me hable, como me habla, desde la más absoluta proximidad, casi en un secreto, la impresión que también me da es que su interlocutor en verdad es otro, algún otro que anda por ahí, y que yo estoy apenas interceptando un par de líneas sueltas de esa conversación ajena (Kohan, 96).

El extrañamiento de la perspectiva que expresa el personaje protagónico de Marcelo cumple la función técnica de reforzar, por un lado, el halo de misterio y de doble intencionalidad y diálogo de Norma Rossi —quien sabremos al final de la obra no es otra que Fernanda Aguirre, la delatora—, y por otro, la presencia intangible del mismo autor, Martín Kohan, quien sería la única instancia que podría generar las líneas, sueltas y no, de la conversación que sostiene Norma.

B¹-Marcelo, a través de la voz de Norma, escucha la lectura del diario de apuntes de Rubén Tesare. La introducción de los pasajes de lectura suele estar precedida por la enunciación del acto de leer, y el comienzo marcado por el signo escrito de la pleca de diálogo que cede la voz a Norma. Sin embargo, el narrador de esta capa temporal es el mismo Tesare, ya que Norma sencillamente da lectura al cuaderno:

Tengo por primera vez ese cuaderno en mis propias manos. Lo toco: toco las hojas, toco las letras. El fetiche del manuscrito no me es ajeno (...).

Norma me saca de pronto el cuaderno de las manos. No porque vaya a negármelo, sino porque quiere leer, quiere llegar de una vez por todas a la parte de Trotsky. (...)

Apenas nos sentamos. Norma Rossi empieza la lectura:

—Trosky mira al pasado lo mismo que Lenin. Hasta que, en el pasado de Trotsky, empieza a estar Lenin también. Por lo tanto se destaca, antes que nada, la existencia de un pasado revolucionario de la burguesía (Kohan, 102).

Es importante resaltar la función del personaje de Norma como intermediaria que hace posible la voz de Tesare. Como hemos visto, incluso en los pasajes donde Marcelo se acerca o está en contacto directo con el cuaderno de reflexiones de Rubén Tesare, la voz de este no aparece hasta que

Norma Rossi interviene para hacerla entrar en las páginas de la novela. No es únicamente el poder de propiedad que ejerce Rossi sobre los cuadernos, sino su voluntad de traerlos a la vida, de leer obstinadamente el contenido de las reflexiones de Tesare en voz alta. También, esa voluntad de Rossi de contar lo que Tesare experimentó y dejó escrito en otro cuaderno más personal, agregando a ello la perspectiva, no escrita en ningún sitio, de Fernanda Aguirre, la cual Rossi posee como memoria corporal y emotiva. Son estas intervenciones de Rossi las que permiten la irrupción de esas voces y esos relatos de 1975, en la temporalidad y el relato de 1994. A un tiempo, la mediación de Norma otorga un carácter específico a la lectura, la colorea con las luces de un lente particular. No es hasta el final de la novela que Marcelo, a solas finalmente con el cuaderno de reflexiones, lee por sí mismo unas notas manuscritas en la tapa del diario de Tesare. Este nuevo documento —una suerte de paratexto— dirige a Marcelo, y al lector, en otra dirección. Su ánimo conclusivo, pero también circular, arroja luz sobre la intervención de Tesare desde la perspectiva de la importancia de la lectura misma y su temporalidad como plano que se opone al tiempo real; siendo el tiempo real el del acontecer de la vida cotidiana más allá de los avatares de la letra. Pero de eso nos ocuparemos más adelante. Volvamos ahora a nuestro esfuerzo arqueológico a través de las diversas capas de temporalidad en la novela. Una capa paralela a aquella que vemos gracias a los pasajes del diario de Tesare, leídos por Norma Rossi, es la narración oral de la misma Rossi mientras cuenta la última noche de Tesare. El conocimiento de lo que vivió e incluso de lo que pensó Tesare por parte de su narradora se justifica inicialmente con la posesión de un segundo cuaderno, correspondiente al diario íntimo del joven. Más tarde conocemos que este segundo diario no existe, y que su escritura fantasmagórica no corresponde sino a la memoria —y a la ficcionalización parcial de

la misma por su dueña— de la antigua Fernanda Aguirre, hoy Norma Rossi.

B-El narrador de esta segunda capa-Tesare, es el mismo Tesare, lo cual hace del personaje de Norma una suerte de ventrilocuo. En estos pasajes, Norma Rossi no lee, sino que narra oralmente lo que Tesare siente y piensa durante aquellos momentos de 1975, así como su relación con Fernanda Aguirre. La inclusión de Fernanda, quien no es otra que la misma Norma en el pasado, sugiere que Rossi, en su relato, alterna el uso de los recuerdos anotados en el diario íntimo de Tesare con las vivencias propias.

Cuando aparece esta capa temporal el relato revela su estructura de cajas chinas con inusitada rapidez, haciendo que el narrador viaje de una voz a otra, pasando la responsabilidad al narrador siguiente, como en una carrera de relevos. Veamos a modo de ejemplo el siguiente fragmento, donde la voz de Marcelo narra el inicio de un recorrido diegético que desciende hacia el interior del pasaje, y de las diferentes temporalidades que abarca la narración, hasta la subjetividad del Tesare hoy ausente, en aquella lejana fecha de 1975:

Mientras subimos las escaleras de un piso que lleva hasta el comedor, ella se sujeta de mí y me habla de un viejo cuaderno. Rivadavia con hojas cuadrículadas y tapas duras. Pero hoy traje el otro, dice, traje el de las tapas blandas, el que habla de Trotsky, el de la revolución y el tiempo, el de las notas políticas. Del otro puede hablarme, si es lo que prefiero, si quiero saber cómo es que Tesare y Fernanda se miran uno junto al otro, echados en la cama, tanto y de tan cerca que Tesare piensa que va a besarla, y no obstante no se besan, no por lo menos en ese momento, porque repentinamente Fernanda hace una especie de rara pirueta, como si tres o cuatro resortes escondidos en el colchón la expulsaran de la cama, y con ese mismo envión

va a parar a la ventana del cuarto, donde las cortinas, aunque casi transparentes por lo delgadas, cuelgan tan quietas por la falta de aire que podrían haber sido de paño o de terciopelo bordó.

—Se viene la noche —dice Fernanda—. ¿Por qué no salimos a dar una vuelta?

—No —le dice Tesare—. Yo no voy a salir (Kohan, 97).

A diferencia de los pasajes de reflexión de Tesare, los cuales están marcados por el cese de la voz de Marcelo y la enunciación de la entrada de la voz de Norma (precedida por la pleca de diálogo), esta segunda capa temporal que concierne a la narración oral de Norma de las vivencias de Tesare no tiene una delimitación especificada dentro del relato. La segunda capa temporal que narra las vivencias de Tesare se desliza dentro de la voz del narrador y protagonista Marcelo y llega hasta la tercera persona en el caso de Norma (“Del otro puede hablarme”..., 97) pero aun resaltando la primera del relato de Marcelo (“del otro puede hablarme, si es lo que prefiero”..., 97), para finalmente dejar caer, también en tiempo presente —todas las temporalidades serán dadas en este tiempo verbal—, en lo que acontece para Rubén Tesare en aquel día de 1975: “Del otro puede hablarme, si es lo que prefiero, si quiero saber cómo es que Tesare y Fernanda se miran uno junto al otro, echados en la cama, tanto y de tan cerca que Tesare piensa que va a besarla, y no obstante no se besan, no por lo menos en ese momento (97)”.

A-Otra capa temporal, la última en nuestro recorrido, es la que intercala en el relato citas entrecomilladas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Esta capa está inserta en la primera capa Tesare, y aparece cuando Norma Rossi lee en voz alta las reflexiones del cuaderno de Tesare, donde aparecen las citas. A su vez, las citas traen consigo una marca temporal:

Dice Trotsky en octubre de 1937: “¡Se hace difícil creer que estamos a solo diez años del centenario del Manifiesto del Partido Comunista (...)! Sus partes más importantes parecen escritas ayer”. Hay pues un pasado en cuya búsqueda hay que lanzarse (la pasión revolucionaria de la burguesía) y un pasado que se lanza por sí mismo hacia el presente, hasta casi darle alcance (la lucidez revolucionaria de Marx y Engels). El proletariado recoge ambos pasados: uno que le queda lejos, porque ha roto radicalmente con él, pero que debe apreciar como legado; otro que le queda cerca, porque los noventa años parecen haberse reducido a un solo día (“ayer”) y le queda al alcance de la mano (Kohan, 103).

Salta a la vista el hecho de que estas citas son a la vez comentarios a lecturas. En el diario donde reflexiona sobre la revolución y el tiempo, Rubén Tesare repasa lecturas de León Trotsky, quien a su vez comenta lecturas de Vladimir Ilych Uliánov (Lenin) y Friedrich Engels, y cada uno de ellos, valga decirlo, comentan lecturas de Karl Marx.

El empleo de esta técnica narrativa coloca el acto de leer al centro de la obra, y un análisis detallado revela su relación con el tema que atraviesa de manera sustancial las diversas capas de lecturas —y lectores—. Este tema no es otro que el del tiempo, tópico que interactúa con esta operación de lecturas sucesivas de manera tal que se da la consolidación de un tono similar a los sucesivos relatos. En otras palabras, no es sino a través de la reflexión sobre la temporalidad que la narración se hace una, atravesada por un *pathos* común a las diferentes historias. Al conectar ambos elementos, la operatoria estructural y sintáctica de la novela con ese tópico fundamental que pudiera ser denominado a grandes rasgos como “tiempo revolucionario”, se llega a lo que propongo como el núcleo temático de la obra: la relación entre el tiempo revolucionario y el acto de leer.

III La lectura como máquina del tiempo o como acto de ilusión

El texto de Rubén Tesare que nos introducen Marcelo y Norma en las primeras páginas de *Museo de la Revolución*, comienza haciendo referencia a la muerte de Marx. La novela, como el cuaderno de Tesare, inicia sus reflexiones acerca del tiempo con el final de la vida del filósofo. La muerte de Karl Marx es un detonante, recuerda Tesare, para las preguntas acerca de las posibles actualizaciones del libro *Manifiesto del Partido Comunista* en una época en que Engels se muestra reticente a escribir un prólogo del manifiesto sin la presencia de Marx. La muerte de Marx, como vemos, tanto en el diario reflexivo de Tesare como en la novela *Museo de la Revolución*, trae a la mesa el tema de las posibilidades de supervivencia del libro en tanto texto que se encuentra fijado en una temporalidad específica. La muerte de Karl Marx, leemos entonces, es lo que impide las actualizaciones posteriores del texto, sus reescrituras posibles; convierte al libro en un documento del pasado.

El texto de Tesare comienza pues con la referencia a otro texto, y con una fecha anterior a la de su propia historia: “el 28 de junio de 1883 es uno de los días más tristes de la historia del marxismo...” (Kohan, 28). Con este comienzo, el texto nos recuerda que la escritura es sobre todo el gesto lector. Incluso: que no hay escritura sin lectura o sin historia. No hay literatura sin pasado. La escritura comprende en sí misma la inscripción de un pasado: esto que leo ya se escribió. La inscripción de una temporalidad: esto que escribo será leído luego de que el proceso de su escritura haya concluido. El gesto de Kohan es entonces el de intentar mantener la actualización del texto, la posibilidad de *cambio* y la vitalidad del acontecimiento revolucionario.

Sin embargo, el *acontecimiento revolucionario* que intenta mantener con vida la novela no es aquel del suceso, del evento en sí, sino el del día posterior. La novela, como he dicho antes, insiste

en la relación entre la Revolución y el tiempo; en ello reside su motivación principal. En este entrecruce de evento y temporalidad lo que interesa es la pregunta que constituye el meollo de las páginas correspondientes al diario de Tesare: ¿cómo mantener viva la Revolución a pesar del paso del tiempo; cómo mantener viva la revolución al día siguiente:

A la mañana siguiente, bajo los efectos de la fatiga, bajo los efectos del aturdimiento, Lenin qué puede anhelar: qué otra cosa sino una vuelta al tiempo normal. El cimbronazo del tiempo histórico ya pasó sobre su cuerpo y sobre su mente. Es la mañana del día después. Lenin qué quiere: volver al tiempo normal. Trotsky expresa esta necesidad con una fórmula clara y sencilla: “se fue a las tareas del día”. Al cabo de “el día”, viene otro día. Ya no en la ilegalidad, sino en el poder. La Revolución por fin ya ha tenido lugar (Kohan, 148).

Esta no es solo la preocupación de Tesare en su cuaderno, quien a su vez recoge las inquietudes al respecto de Trotsky, Lenin, Engels y Marx, sino que es igualmente la motivación principal de Norma para sus persistentes lecturas en voz alta de las reflexiones de Tesare. Norma llega a confesar que su interés primordial en negociar con la editorial que representa Marcelo es el de que los lectores de su época puedan experimentar el “reactivar [de] cierto tipo de conciencia política” (Kohan, 96). El interés de cada uno de los personajes, pues, así como del autor, pudiéramos decir, es el de *revivir* o provocar en el lector el acontecimiento revolucionario una vez que este ya ha pasado. “Trotsky pensó como nadie en la revolución después de la revolución”, afirma el diario de Tesare en la página 149 de *Museo de la Revolución*. El acontecimiento revolucionario que pretende evocar Kohan es aquel que, ya habiendo sucedido como evento, como acontecimiento, puede ahora *escribirse*, y por

tanto *leerse* (como el *Manifiesto del Partido Comunista*, las reflexiones de Trotsky, Lenin, Engels y Marx, el diario de Rubén Tesare o la novela misma).

Este *acontecer revolucionario* expresado como acto de lectura es, no obstante, paradójico. No debería tener lugar sino en el presente, el único tiempo que corresponde al tiempo revolucionario: “el presente impone cambios, mientras el pasado impone que nada cambie” (Kohan, 29). Como hemos visto, la novela está escrita en su totalidad en tiempo presente, incluso cuando viaja a través de sucesivas capas de recreación del pasado. Cuando Martín Kohan hace que un texto sea leído —cada uno de los textos—, actualizado y reescrito, pretende extender esta temporalidad, realizar el sueño de Trotsky de una “revolución permanente” (29). Su operación consiste en volver a instaurar en cada nivel de lectura el presente donde lectura y escritura se superponen para conformar la temporalidad revolucionaria que no es otra que la superposición de la “cronología social” y la “cronología vivencial” (144):

En cierto modo se trata de dos tiempos paralelos. Coexisten, pero no se tocan. Excepto, podría decirse, en el momento exacto de la acción revolucionaria. En ese momento (el “momento justo”), en el vertiginoso puro presente de la revolución, mientras se lleva a cabo el asalto al poder, esas dos dimensiones del tiempo se tocan hasta que confluyen. Es otra explicación posible para el efecto de vértigo del “día” de la revolución: dentro de ese “intervalo de veinticuatro horas”, la experiencia personal del paso del tiempo coincide con los plazos y las significaciones del tiempo histórico y social. ¿Qué otra cosa sino vértigo, el vértigo más abrumador, podría provocar semejante superposición? En el descomunal puro presente del momento revolucionario, el tiempo histórico puede llegar a ser vivido por una persona individual (Kohan, 145).

Esta “dialéctica de permanencia y cambio” (30), que es típica del momento revolucionario, termina con la muerte de Marx para el libro *Manifiesto del Partido Comunista*. El libro “queda para la historia” (30), sale del presente y se convierte en legado del pasado. Pero la pregunta que se refiere a ese libro parece referirse también al que leemos: “El mundo, sí, pero ¿y el libro? ¿Y este libro? ¿Debe ser cambiado o no?”. La pregunta nos regresa a la literatura. A la dialéctica de la literatura como memoria y evento.

Norma y Marcelo, siempre que nos sacan del diario de Tesare o del relato oral de su historia en voz de Norma, aluden a la temporalidad. Se menciona la fecha, el reloj en la muñeca de Norma, la hora de cierre del museo, el llamar muy temprano al trabajo de Norma o la productividad de las mañanas para Marcelo mientras coordina diversas entrevistas que le permiten aprovechar el tiempo que pasa lejos de Norma. La temporalidad cotidiana de la experiencia vital de Tesare, Marcelo y Norma —y la de nosotros, los lectores— interrumpe constantemente el ámbito y la temporalidad de la lectura misma, pero allí donde ambas temporalidades conviven —en el texto que leemos donde la temporalidad cotidiana de Marcelo y Norma se superpone a la temporalidad de Tesare, como uno de los ejemplos posibles dentro de la gama de niveles de lectura—, se hace posible el milagro de la revolución.

Sin embargo, cuando se detiene el *cambio*, la actualización de la lectura desde el tiempo presente o dicho de otro modo, la superposición de las “dos temporalidades paralelas”, el texto deja de ser *acontecimiento revolucionario*. Es por ello que la novela oscila entre el intento de alcanzar esa temporalidad otra, ese acto de lectura que revive el acontecimiento revolucionario, y, por otro lado, la frustración de volver a una temporalidad regular, escindida. Vivir la Revolución vs. escribirla; actuar vs. leer:

—Hay algo raro en estas cosas que escribía Rubén Tesare.
(...)

Norma asiente y reflexiona. Me pregunta si con esto le quiero decir que el texto no me interesa. —No, no es eso, es que me llama la atención si pienso que lo escribió alguien que estaba de hecho entregado a la acción política. Es como si hubiese estado partido en dos (Kohan, 111).

Es aquí que el personaje de Norma Rossi emerge como clave de lectura. Su función en la obra, en cada instancia, es la de servir de puente, aunque inestable, para estos pares antagónicos. Un ejemplo de ello es la memoria de Norma acerca de las últimas vivencias de Tesare. Dicho relato oral acerca las dos temporalidades paralelas, vivencia e historia, superponiéndolas. Una y otra vez en la novela el personaje de Norma complementa las notas reflexivas de Rubén Tesare, a las que Marcelo achaca una carencia de “realidad concreta” (Kohan, 111), con elementos anecdóticos que hacen avanzar la diégesis de una temporalidad vital tanto para la trama principal que comparte con Marcelo en 1994, como para la subtrama que recrea desde sus vivencias anteriores como Fernanda Aguirre.

La utilidad de Norma como personaje y dispositivo que hace posible el *acontecer revolucionario* como acto de lectura no se limita al hacer avanzar la diégesis. Es también Norma Rossi quien hace posible narrar la historia en presente continuo, gracias a su rol de intermediaria o llave maestra de las diferentes capas narrativas y temporales. Es Norma igualmente quien introduce los archivos inusitados del afecto, los fluidos y las dinámicas biocorporales en el discurso racional (contenido y aséptico, típico de la militancia política), tanto a nivel pragmático como discursivo. Norma deja entrar la historia material, y su actualización constante, cuando compara aquella de 1975 con la de su presente de 1994. Recuérdense, por ejemplo, su reflexión acerca de las bebidas que vio Tesare por primera vez en su viaje en micro de 1975: naranja Pritty, agua mineral Saldán, y cerveza Córdoba. Todas bebidas provinciales de Córdoba que

Norma compara con las de marca internacional que Marcelo podría conseguir en el lugar de México donde sostienen el encuentro en 1994: agua Evian, cerveza Corona, y refresco Coca-Cola.

Más allá del personaje de Norma, el otro recurso técnico que refuerza la operación de intentar sostener el acto lectura como *acontecimiento revolucionario* es el gesto *brechtiano* de Kohan de hacernos notar, durante toda la obra, que estamos leyendo el relato de un relato. Este recurso cumple la función de juntar, a un tiempo, la temporalidad individual con la histórica: superpone nuestra experiencia de lectura al texto mismo. Mas este gesto, como los esfuerzos de Norma a lo largo de la novela, no son suficientes. La dialéctica entre pasado y futuro, entre ficción y realidad, entre tiempo de lectura y vida cotidiana, prevalece. La revolución permanente que soñaba Trotsky sigue siendo, por tanto, una ilusión.

Es posible registrar las referencias a la *ilusión* o el ilusionismo en la novela a través, precisamente, de la figura de Norma, a quien se alude constantemente como prestidigitadora, hacedora de trucos o maga. En la página 162, esta tendencia tiene su *clímax* cuando Norma relata a Marcelo la escena sexual entre Fernanda Aguirre y Rubén Tesare:

—Reanimación: es eso lo que hace Fernanda Aguirre. Y vieras lo rápido y lo bien que le sale. Parece el truco de los magos con la varita mágica envuelta en el pañuelo; cada vez que ella tira la cabeza hacia atrás, es más largo y más duro lo que le sale de la boca (Kohan).

La ubicación de este parlamento de Norma en el nodo narrativo que devela la identidad de Norma, y donde el conflicto de la obra llega a su cúspide, permite considerar este pasaje como una pieza importante dentro de la obra. Por otro lado, la posible comparación entre Norma y el autor mismo de la novela como hacedor de trucos, se acentúa mediante la relevancia del tema de la traición en el

texto. Traidor aquí es artífice, si seguimos el modelo de Norma, pero también, el que “tiene el poder de atraer a la víctima, en vez de repelerla”, porque “no responde al principio de agresión, sino al principio de la trampa bien tendida” (Kohan, 110).

La novela termina su despliegue de cajas chinas desde una oposición entre escritura y revolución, cerrando una por una, ante nuestros ojos, las *matrjoskas* hasta entonces abiertas. En esa escena final, Marcelo lee unas notas finales que Tesare escribe sobre Lenin. A principios del siglo xx, explica Tesare, Lenin escribe que habrá de aplazar la escritura de su texto “La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917”, debido a que “es más agradable y más provechoso vivir la *experiencia de la revolución* que escribir acerca de ella” (Kohan, 186). Tesare comenta entonces en su cuaderno:

Y así deja sentada una verdad absolutamente determinante. No la dice, no la expresa: la plasma, como acto, en el acto mismo de interrumpir su escritura. Cuando empieza la revolución, se acaba la escritura (187).

Marcelo, quien habrá de hacer de maestro de ceremonias para nosotros, luego de concluir una llamada telefónica y quedar en soledad, da fin a la novela que leemos de la siguiente forma:

Después saco cuatro o cinco hojas en blanco que traje conmigo del hotel Villegas, y me pongo a escribir.

Afuera, dentro de poco, va a empezar a atardecer. Por los ventanales del parador, la puesta del sol se va a ver con la amplitud de los panoramas. Si me concentro escribiendo, sin embargo, seguramente me la voy a perder (Kohan, 187).

El final, pues, no solo sugiere que la novela *no ha sido escrita* cuando llegamos a ese concluir del libro, sino que también indica que nuestra lectura

no ha sido más que el acto que concluye a un tiempo que da comienzo a la obra. En la última página de *Museo de la Revolución*, Marcelo comienza la escritura de la novela. La estructura circular nos recuerda que el acto de leer, por una parte, es el acto de traer *algo* a la vida, y por otra, no es sino la labor de un artífice. La tesis de Kohan, no podría acabar sin esta circularidad que nos regresa al inicio del libro. La ilusión del *revivir* del acontecimiento revolucionario, o de la lectura como acercamiento al evento que no es, y que no puede ser —recordemos que la escritura aparece, según la novela, cuando se da la espalda a la acción, y como hemos visto, la lectura solo es posible cuando la acción ya ha tenido lugar—, necesita de la nueva puesta en escena, del incansable intento en espiral que perpetra Kohan en *Museo de la Revolución*. En cada anillo se completa, en términos materiales, un periodo de revolución, o en otras palabras, un movimiento de rotación sobre un eje fijo.

Obras citadas

Martín Kohan: *Museo de la Revolución*, Random House Mondadori, 2012.

Mario Vargas Llosa: *Cartas a un joven novelista*, Ed. Planeta, Barcelona, 1997.

Azahara Palomeque

(El Sur, 1986)

Gentilicios del Humo

I

mañana

igual a las hebras de hoy,
tendederos vacíos entre los órganos, promesas de aire.
este rostro
cada vez más blanco y fugaz, otra vez,
lo mismo.

II

qué supurar,

qué catástrofe esta noche por las cocinas y tu silueta
borracha,
única,
pidiendo de la noche lo que no puede dar, masticando
estos ripios.

III

este cuerpo está encerado

y vive al borde de las sebes. tranquilo, no le queda
a quién matar
tras el disfraz religioso.
es un cuerpo seguro de palabras, atornillado,
demostrado capaz: trabaja y arde
como si fuera el primero.
esta carcasa, mis ancestros y yo, nos comportamos.
así el arduo batallar de ser maleza se expande.
cuerpo tras las rejillas,
cuerpo invade
la madre que te reemplaza
por el animal.

IV

he traspasado el borde de la nieve y encuentro

a las criaturas. fuman
 como catástrofes evacuadas. arrastran ripios de yodo,
 preguntan cómo nuestros rostros se detendrán
 ante una arruga que reza.
 las criaturas saben
 de la falsa luz
 y los pies borrachos que tendieron
 sus huellas a la acidez.
 ocultan las respuestas en sus estómagos enfermos, corren
 a los servicios de urgencias
 donde flores les otorgan el plástico para seguir en pie
 cerca de nuestra herida.
 noche de niñas muñecas: beso la vida en sus ingles.

V

convertir

estos restos en mi alimento, almorzar
 la lozanía de los ceniceros creados en la obligación
 de construir
 cada día a nuestros muertos,
 el gesto malabar del detrito entre la manos
 con que se irgue el pan,
 la luz vacía
 en el canal del estómago.
*Nunca pensé que el hambre fuese la historia de pintar muñecas
 en las hendijas y hendijas
 en las muñecas.*
 sus cabellos blancos: la infancia prometida
 a desfallecer.

VI

la máquina mojada.

ya no dará resplandores ni las turbinas hallarán insectos
 que mutilar en la hierba.
 la máquina hiende su estructura lunar en los callados
 de la noche, lame
 sus arterias.

el mecanismo se ha atascado en fase de mera
 flotación, el botón rojo
 no tiene nombre.
 y la emergencia se desplaza de una arista a otra
 de los cuerpos como si la lluvia
 mintiese por los surcos,
 como si fueran cabellos de aquella vieja máquina
 mojados
 mis finos brazos en la lumbre.

VII

la sed,

porque he estado toda la noche al agua sin dirigirme
 a mamá, no he conseguido completar
 el ciclo de los escombros.
 analizo la distancia de mi vidrio a sus nombres, cómo ellos se ausentan
 con su almohada de espinas y van crujiendo
 herraduras;
 son peces en el hormigón armado de la noche.
 la sed,
 y es que dormí poco estas lacustres paredes donde vencerse parece
 un sueño de hospital.
 y los borrachos se deshacen dentro de los portales, orinan
 sus manos, vierten cal sobre el vacío,
 leche en polvo,
 partículas tóxicas de algún mineral
 indecible.

VIII

la sangre nueva,

lo que ha quedado en los muelles con ese anhelo de partir, el estancamiento
 en las branquias.
 me he acostumbrado a morir un pequeño aliento cada día y deambular
 la línea blanca en el lúpulo, mostrando a los horizontes
 su espejo.
 ese charco donde los roedores se casan y el abismo tiene su figura.
 la sangre nueva,
 plaquetas almidonadas del mapa sin conseguir
 respiro,

toda mi carne puesta al sol mientras generaciones le instilan
 su vago fin de inhalar
 lo imposible.

IX

decidí seguir

como la momia se llame los párpados en una angosta tarde de museo,
 abalanzarme sobre los caminos, descongelar
 a cada mueca el pulso inerme que nos hace hombres; decidí
 que la acción poseía consecuencias pero que,
 sin gatillo ajeno, sería capaz
 de restar a la ciudad sus paredes pintadas,
 que mi figura, única horadación que conocía de cerca, estaba
 para no quedarse:
 estrujar la fruta en las hendiduras de las sábanas, confesar
 en voz silente
 cuánto amé la cinegética costumbre de ser algo más que insecto y algo menos
 que mujer
 en los países extranjeros, en cualquier circunferencia
 apuntando a sí misma.

X

mírame,

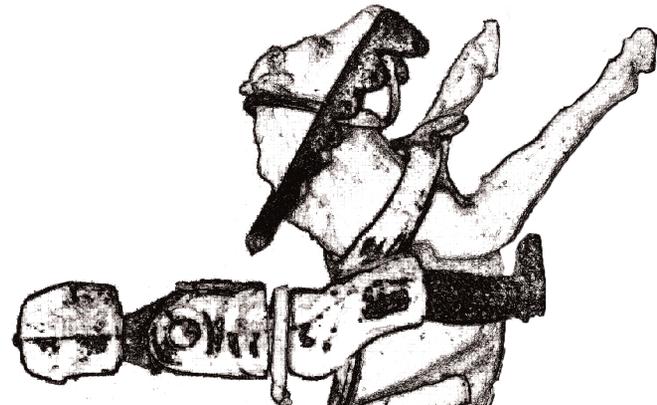
el mar ceniza ha encendido cloacas y los abuelos pasan
 arrepentidos de su prole bajo el riel de mis ojos.
 he manchado con los dedos el polvo de la respiración que contenía los siglos.
 tal vez la culpa es solo mía,
 o podría pasear un desnudo descaro por el musgo de las fábricas,
 orinar en sus chaflanes, fingir
 que protesto.
 mírame
 y define por lo que está alrededor la tiniebla que no ha sabido ser cuerpo.
 estos libros jugando a los dados en el borde de los anaqueles,
 la maleta, desde hace meses sin usar en la otra, apócrifa dirección,
 el conjunto de moscas que va
 de los pies a la placenta.
 pareces un retrato incierto de la temperatura, cuatro viejas
 pinchándose un dios en el reverso de la rodilla.

mírate
 y no hace falta que digas mientras sobrevives,
 que este mundo es (...) y no encontraste la venda, que no tenías intención
 de hincarte de hinojos, que tu rebelde anacronismo
 te había hecho presa
 de la nada,
 de la falta de razón, y de
 justicia.

XI

no, no es la saliva.

tampoco el candado del estómago responde, ni las criaturas
 han abierto la luz
 como un alijo en la fisura del tiempo.
 no debes
 desgranar en el cuerpo lo que el mapa no atenta.
 deja la sangre para el gallinero
 de los semáforos invertebrados, invierte
 tu corazón en política.
 como cubrir la plaza donde reposan mil huesos,
 como regarlos de aceite.



Nadia Gómez
(Buenos Aires, 1982)

Febrero

Domingo 15 hs. Parece que a cierta profundidad el mar pesa tanto que si un submarino implota a los 650 metros se hace un cigarrillo de chapa y ya no hay nada que buscar. No hay empujón de chúpame un huevo. Está pensando en que quizá sería oportuno lavarse los dientes antes de despegar. Había ido en colectivo hasta aeroparque con la mochila calzada sobre la espalda, todo el recorrido. Si estornudás, se burló alguien, te hacés un nudo. Un embarque lentísimo. Lo del nudo, creyó, era porque estaba flaca para esa mochila y supuso que al estornudar, algo del contrapeso entre el espasmo y el cuerpo no ocurriría, al punto de habilitar esa imagen. No ocurre nunca abrir la billetera y encontrar los papeles en el momento preciso en el que se tiene que mostrar una documentación ordenada. El sueño fue. Ojalá te enamores. Dejame reír sin lloronas, boba. Le clava un visto. Febrero es un mes zombi: vuelven los difuntos profanados por la red invisible y global de las pantallas. La gente de Latam sin ánimo de dar servicio. En la revista de animales, lee que un pez parásito de casi dos centímetros se escurre entre las agallas de un pez más grande y lo devora poco a poco, de adentro hacia afuera. ¿Cuántas primeras veces habrá este verano? Aunque siempre podés estar más a destiempo. Esos peces también se meten en las personas: por las narinas, por el ano, por el primer agujero que encuentran.

Domingo 16 hs. También se puede evitar el estornudo si se aprieta la nariz con los dedos o si se intenta hacer el nudo, en la garganta. Vos, corazón, discriminaste a mi hija. La reunión con la madre de Cantero todavía la sorprende. Se escribe en bolas, puteando al gato y se bebe sin copa, insiste el messenger. De todas maneras, habría que distinguir entre frenar el deseo de estornudar y el hecho de detenerlo justo cuando está ocurriendo. Nos parece una palabra muy fuerte que en esta institución, se había atajado el subregente. Piensa en el tamaño de las agallas. Buenos Aires –Salta es apenas una hora cincuenta pero por la interrupción del servicio habrá tiempo para leer toda la revista. Ahora, estamos lejos. Un diario anuncia el aumento de la luz mientras las azafatas reparten galletitas de limón.

La madre de Cantero no estaba segura ya por lo que había venido a discutir. Deberías volver con esa chica, es la recomendación menos afortunada que le hacés a alguien cuando empezás a enamorarte. No sabe por qué piensa lo que otros piensan, en lugar de hacer algo con sus propios pensamientos. Impedir un estornudo puede romper un vaso sanguíneo en el ojo.

Domingo 16.20 hs. ¿Este es el mismo que la empujó contra unas bolsas de basura, esa noche, año 2002, en Moreno? Con el calor ocioso los que están muy solos enfrentan el cuerpo en el espejo, es natural y casi un favor comunitario que desistan de ir a las piletas. Se masturbaron todo el invierno, y en el verano sus cuerpos rancios de definirse. Si la profesora tiene que irse, había dicho Mandariaga, y sí, eran las 14.30. Desde que tengo cáncer no había venido nunca a reclamar una nota pero es que esta chica, insistía la señora Cantero. Si la vengo discriminando desde agosto, es curioso que recién se animara a pedir una reunión a una semana de terminar las clases. Una vez me dijiste, vos creo, charlando sobre la didáctica: “es el arte de enseñar lo que no se sabe”. La señora señala llagas purulentas en la boca que se extenderían en todas las zonas húmedas de su cuerpo. Todos inferimos la extorsión. Mandariaga deja constancia en el acta: “Las partes comprueban que la alumna no hizo entrega del trabajo práctico el día estipulado”. La madre arguye que la hija pactó con la profesora entregar el día siguiente pero que esta se habría ausentado por intoxicación gástrica de modo que el aplazo es inaceptable. Debió ser con P. P ahora debe andar por Uruguay con los intereses de un plazo fijo que compartían. En bicicleta, toda la costa. La profesora reapellida al regente de estudios, Malaria, le dice. R. anoche fue un extraño, quizá las complicidades o las maneras de amar empiecen a ser pasajeras o definitivamente raras de ahora en más.

Domingo 18.30 hs. Unas empanadas de carne, de parada, en Kentucky, recuerda la profesora que quisiera reírse por el nivel de detalle que a esta altura de la reunión habían alcanzado los hechos. La fecha del ausente, comprueba Mandariaga, es una semana posterior a la esgrimida por la madre de la alumna que considera una falta de profesionalismo, incluso de humanidad que la señorita no contemplara de que su hija atravesaba un colapso emocional. La profesora quisiera observar en voz alta las 38 veces que dijo “de que” en lugar de “que”.

Domingo 19 hs. Se habla sobre habilidades cognitivas y la noción de reformular. La profesora comparte la respuesta 5: “la argentinidad es un país al palo de indios que se ríen de nuestros rasgos reales; la ironía es una distancia, que genera movimientos de desnaturalización y que lleva a otros mitos, un hueco sedimentado, donde hay desastres, decadencia, autodenigración, todo esto urgió después de Malvinas y la desnaturalización neoliberal”. Qué hermoso el verbo “urgir” en esa parte, piensa ahora la profesora que en ese momento completó la lectura del párrafo de la chica: “se usa al negro que es un término de fantasías eróticas en imaginarios raciales locales de carácter masculino, entre otras”. La señora Cantero amaga un principio de vómito. La profesora ya no querrá leer el resto de las respuestas. No tiene plata para ejercer piedad. Debería hacer un curso sobre las formas de invertir dinero, qué es un fondo común de inversión, cuánto cuesta tener una hectárea para criar toros pura sangre, si la bitcoin es la moneda del futuro o qué.

Lunes 21 hs. En el tedio del patio alguien toca “No woman no cry”. Las canciones empiezan a ser una actualización involuntaria de un demo de fogón. Los nombres de los huéspedes: Simone, Tommy, el francés. También la pareja de los médicos, la profe de inglés, Martín, los marplatenses Fede y Lucca. Cuántos hippies viejos que se broncean antes de venir, dice Lucca, volviendo del cerro San Bernardo. Un monumento a Güemes. Estar en silencio varios días. Cenar, dormir. Se puede postergar leer un mapa por cansancio o para estar siempre sin saber dónde se está. Muestra de platería criolla. Objetos obsoletos. Empieza a refrescar. Pero por suerte, la profe de inglés habla sobre cosas. Cuenta que tiene un bebé que brilla. Martín que es el amigo de la profe de inglés se ríe y hablamos sobre las personas con el don de ver auras buenas o negras. La tuya está un poco sucia, dice la profe de inglés mientras las dos se arrepienten de intercambiarse los números de teléfono. Los chicos tienen mucha energía. Con Martín, en Iruya se tirarán en las piedras para descansar. De pronto Martín le confesará que no puede tener sexo con las chicas de su edad porque tiene un miembro grande y las asusta. Se le ofrece. Le pide por favor. Lo deja manosearla un poco pero sin penetración. La boca con los aparatos de ortodoncia le preocupa ahí abajo. El chico está contento también, irrefrenable. Ven unos coyas venir desde arriba. Pareciera que están bajando muebles o que se mudan. Martín sigue mientras ella adivina lo que cargan los coyas: es una bicicleta destrozada, uno la tiene de cada rueda. Un manchón

rojo. El chico se disculpa. De la presión que había hecho mientras le bombeaba el culo se había roto el frenillo del glande. No vas a querer volver a verme nunca, dice.

Martes 18 hs. Ver los teleféricos en un fondo tibio. Bajar frenéticamente por el lado de la autopista hasta la terminal. Un camionero en la estación de servicio se ofrece a alcanzarla al hostel. En el camión, vamos por avenida San Martín hasta la peatonal, después son cuatro cuadras hasta un monolito. Desde que sacaron las leyes perdimos la autoridad. Los padres con sus hijos. Mi china es audaz. Se fue a Isla Margarita para los 15 porque quería nadar con tiburones. Le pregunta a Andrés qué se puede hacer por la noche y él explica mucho sobre las peñas verdaderas.

Martes 21 hs. Tengo un alumno en 5to grado rebautizado Homero, recién traído de Corea que a la manera de los alumnos de Jacotot que aprendieron a leer francés sin saber nada del francés, aprende español sin que yo haga realmente mucho por eso, solo tiene unos textos y una voluntad que le alcanza. Las firmes convicciones ablandan la tierra, decís, y la llenan de otras. Vas a vivir en el delta en un lanchón buscando de qué reír, decís. Estoy cansada de leer maldad. Quisiera flotar en el lanchón del Tigre hasta alguien. En Morón la luna tiene mi presbicia. Ese alguien me espera en la otra orilla porque tenemos un plan. Nuestro plan debería ser: cortarnos la lengua.

Martes 13 hs. En el medio de esas escaleras de piedra, mientras subíamos, Simone la reconoció, se propuso hablarle para hacer algo luego pero tardó en razonar una frase en inglés. En el mirador piensa que debería hacer un plan sobre cómo escribir un diario de viaje cuando no pasa ninguna cosa. Hay un patio. Dos chicas piden un licuado de frutas. Una está teñida de rubia. La otra tiene una malla entera y un short. Calculan cuánto bajaron de peso. No son de Buenos Aires pero tampoco de afuera. Observa la tilinguería de provincia, es casi triste, cuando le ve las raíces negras a la chica del short. “Me ondulaste la vida” dice una pintada en el mismo cerro al lado de un cartel con la leyenda “Peligroso agua no apta para beber”. Entra en una librería de viejos en medio de la plaza-feria San Martín. Página 28: “Afuera el viento Norte arreciaba silbando”.

Jueves 14 hs. En la feria el único atractivo es una ronda de niños que en un taller de algo enhebran plumas en unas trenzas de mimbre.

Cree, fabrican llamadores de ángeles. Son pocos, uno está en cuero. Cuando termina de dar unas vueltas por ese parque, llega a un lago donde hay patos sucios o enfermos. Quiere tomar sol. Tolera los insectos. Come un sándwich de queso de cabra y salame. Se siente un poco mal por haber regateado el precio del sándwich. En la Quebrada de San Lorenzo no hubo mucho que hacer más que comprar ese sándwich. Benítez nació en el Hornocal pero se vino al valle porque no se aguantaba más la altura. Dice dosito y tiene un hijo que estudia Geología. Los puestos de la feria la descomponen, quisiera meter los pies en el agua pero entre las malezas de pasto crecido hay basura, tanta basura de pobres. En esa pequeña orilla que tiene a mano ve una aureolita de mimbre, incompleta, la del chico, supone, y se pregunta cómo llegó al lago.

Miércoles 9 hs. Mola etimológicamente deriva del latín y quiere decir piedra de molino. En la cabeza primero siento el peso de las definiciones, cuando la vea: sus brazos esmirriados, los dientes blancos, los ojos que conoce, quizá sienta el resto, el miedo, todo eso, junto. Pero todavía no había tenido tiempo de llegar a la emoción. La mola hidatiforme o embarazo molar se usa para referirse a una degeneración placentaria. Cruzar el conurbano un día nublado hacia el Oeste. Le hacen el raspado a las 12 del mediodía. La oye decir enferma como si esa etiqueta representara una condición que no puede pertenecerle. La mola ocurre cuando hay una fecundación mal habida.

Lunes 23 hs. Las pastillas las partió, la prima que es médica le dijo que tanto paracetamol le iba a dañar el hígado, como no tenía lubricidad se le salían de la vagina. Porque había que meterlas y tener paciencia mientras tardara la disolución. Si hubiera estado con un hombre al lado hubiera sido distinto. Que si manchaba todo el colchón era porque estaba saliendo mal. Era porque había hemorragia. Un hombre que me sostuviera la cabeza con los vómitos. Que se quedara con las balizas encendidas mientras bajas a la farmacia. Que me llevara al médico. Un hombre. No tenía un hombre. No tuvo valor. Solo unos puntos duros. Entonces fuimos a la guardia. Total estaba Guillermo que me dijo que fuera y me atendió una médica clínica. Era religiosa ella, y me trató mal. El procedimiento podía fallar. Que si falló y vuelve a fallar tenía que usar otro método. Un raspado. Que si continuaba podía tener daños neurológicos. Que ya no se podía saber si no cuando naciera. Le dije que me hiciera una ecografía para ver. Y cuando vieron, no había nada. Pero si tenés alfa alta es que estás. Tenía 900 y el jueves fue creciendo de 900 a

1200. 2000. No entendés. Es como meterse un chuchillo y el cuerpo es sabio y siento que no tuve respeto. Lloraba y estaba seca y lloraba como un siglo pasó. Dos días y una noche y estaba seca como un siglo en un cuchillo.

Miércoles 11 hs. Ahora es distinto, no tiene que ver con el aborto. Creemos que está enferma. En el oratorio del hospital hay una virgen con capa negra. Sé que no se dice capa, se dice hábito, se dice manto. Una gestación anómala puede producir mola. El embrión no viable implantado empieza a proliferar en el útero como un racimo de uvas. Busco entre las estatuas de los santos alguna complicidad provisoria. Su crecimiento podría dar forma a un cáncer. Afuera la señora que oficia como operadora de seguridad, sospecha. Estamos bautizadas a destiempo, mi hermana y yo. Hicimos los dos sacramentos juntos, en 3er grado, el bautismo y después la confesión. El cura dudó al momento de la inmersión en la fuente de agua bendita, así que nos hizo un dibujo con el agua en la frente y dijo que reforzáramos el resto con oración. Creo que no le dije la verdad al padre Peter y por eso el año siguiente durante la comunión no separé las manos, las dejé juntas en forma de ruego en todos los momentos muertos de la misa. No sabía si las demás nenas sentían así, deseo, por Peter. Con Lula nunca hablamos de esas cosas. Si tenés ese chico, le había dicho antes del aborto, antes de la mola, antes del último raspado, me lo quedo, te lo cuido. ¿Será que cuando te bautizan fuera de término, ya no entraste al reino y quedas ahí en el presente de los espantos?

Miércoles 11 hs. Troquelar la figura del Quijote. No es troquelar porque no hay máquina de metal que repita las figuras, que perfora el espacio entre la cintura y el brazo, esto es más chiquito. Depende de su mano. Remarcas con lápiz naranja el sombrero, la armadura, las patas del caballo sobre una hoja. Obtenés un molde, y después repetís las siluetas en otro papel. Entonces cortas y luego recortas un círculo que sea una roca y una línea que sea el camino por el que Sancho y Quijote cabalguen en el armario. Andrea dice que si las paritarias cierran al 30 por ciento empieza la dieta. La tarea es decorar la puerta de este armario. Está bien, piensa, hagamos las siluetas heroicas negras sobre fondo naranja con un globo de diálogo.

Miércoles 15 hs. 30 por ciento, 20 por ciento. Troquelar la figura del Quijote. Tijera entre los miembros. Aire. Luna no habla español, la trajeron de China, cuando entró en la escuela la acomodaron en 2do grado. Linda, fue su maestra, sospechamos que tiene un retraso

madurativo. En el campamento no se cambiaba la ropa interior y se bañaba en la pileta con esa misma ropa, puesta. De 2do a 5to, nadie se ocupó de entender por qué no hablaba. Ni chino ni nada. Señalan algo respecto a unas adaptaciones curriculares falseadas, algo respecto a otra niña que le hacía de traductora, algo sobre autismo. Toda la comunidad oriental defectuosa, que no puede aceptar su exclusión de la carrera académica tiene que tener un espacio donde caer, y aquí estamos para sostener el simulacro de una escolarización regular a niños que no cubren los contenidos mínimos pero pagan.

Miércoles 16 hs. Maxi tiene un problema mental, la coordinadora dice que quiere que este año aprenda a razonar. No sabe atarse los cordones, no sabe beber agua de una botella con pico angosto. A veces le pide sentarse encima, tiene trece años. Troquelar la figura del Quijote, borde naranja. Alta térmica en el salón y las palabras en inglés que liquidan el paisaje: welcome en varios colores. Escuela bilingüe en Flores. Inglés-español. La concepción de lo político, formula alguien que no es ella, en este momento, implica por lo menos dos tradiciones enfrentadas. Lo político como un estado natural cotidiano y permanente entre las relaciones sociales. Lo político como un estado excepcional. Troquelas la figura del Quijote. En la primera estaría toda la teoría liberal y parlamentaria junto con los derechos humanos. Eso que entendemos por progresismo. Madre de Maxi no acepta algo. Línea de la discusión y de los acuerdos. Respeto por las identidades y las etnias o culturas. Alguien que no es ella dice concepto suave y conciliador. La otra tradición es lo político como excepción. El chico tiene que pasar. Pero ni siquiera cualquier excepción, sino aquella que se precipita como acontecimiento. Sí o sí. No se inscribe entre las relaciones sociales, sino más bien, las atraviesa, cortándolas y redefiniendo sus ligas. Escriban que escribe y que lee. No sabemos cómo se putea en coreano. De corrido. Pero además, las rebasa y se expande en los objetos culturales como lla-ga. Globos de diálogo se superponen en la mesa de trabajo: cartulina naranja, Luna, no hay, Maxi, la casa sin cloacas de Andrea en Lanús, un papel para calcular los porcentajes de aumento, y unas dudas sobre si los números de ley se escriben con punto o sin.

Jueves 16 hs. El objetivo es cortar el mambo con la fantasía. Así dice, cortar la fantasía. Cuando le preguntas a una chica que sueña con ser, no se le ocurre. Los temas prohibidos son casi todos. El ca-

lor regurgita en las ventanas del salón mientras Linda habla de una torta de banana que su marido comió completa con dulce de leche. Andrea trabaja en una escuela judía ortodoxa. Las puertas de Sión, se llama. Como secretaria. No pueden llevar manga corta, no pueden mostrar la piel. A las mujeres los varones las obligan a abrirles las puertas. Dice que le dejaban anónimos en el armario, cuando era maestra, porque ella es muy gorda, me decían bomba, bomba, cuándo vas a reventar. Y un día en el natatorio salieron todos los de 7mo en pelotas delante de ella para que se quisiera ir. Y otro día le pusieron una lata de atún abierta en la cartera. Porque querían que llorara, pero ella no lloró.

Jueves 15 hs. Las de la mañana pusieron un cartel en la plasticola a modo de trofeo de guerra: “No tocar”. No se pueden tocar sus tijeras, ni sus cartones corrugados. Porque el material está asignado. El material ya está distribuido: las cartulinas, los afiches, la cinta de papel, los colores de los afiches. El material está distribuido. Pero a mí me falta cartulina negra. Entonces robo. Y dejo un bizcocho Don Satur clavado en el pico de la plasticola. Arriba un papelito con mensaje sorpresa: “Al bien hacer jamás le hace falta premio”.

Marzo

Martes 15.10 hs. En el recreo un grupo de niñas hace una ronda. Zoe pide bajar a buscar unos lápices de la lata compartida. Piensa que irán a dibujar, las dejás solas. Viene Lucas y le pregunta cómo se masturban las mujeres. Lo deja decir qué piensa él. Las mujeres tienen pecho y tienen algo ahí, dice. Es un pezón. Entonces se agarran y se agarran el pezón y así les sale la leche. Le dice que no es ahí donde las mujeres tienen más placer, aunque sí pero se da cuenta después, de que él asocia la leche con el fin del placer y entonces la maestra, amplía. Las mujeres tienen otra zona, como ellos, abajo. Y ahí, se frotran. Algunas hasta se meten el dedo. Se meten el dedo, claro, dice Lucas y va entusiasmado a contar la buena nueva.

Martes 15.15 hs. Las niñas parten los lápices, usan las tijeras para raspar la madera alrededor del color y extraer los grafitos. Pulverizan el grafito de los lápices, unos crayones. Meten todo en las boligomas y las tiñen. Tienen seis boligomas teñidas de colores y empiezan una guerra. Corren para mancharse con las gomas. La maestra tiene que gritarles. Le pagan para eso.

Jueves 15.10 hs. Viene Tomás y le dice que fueron al baño y que Nico Do rápido se metió en el único que por ahora tiene puerta. A propósito se metió, porque sabía que Daniel quería entrar para lo segundo. Daniel también lo vio, estaba parado, se quedó para hacerlo sufrir. Entonces Daniel transpiraba y pidió por favor y entró y los demás se amotinaron para reírse del olor. La maestra los tiene que esperar mientras acaban y se lavan las manos. Escucha que el niño en el inodoro está llorando. Pregunta qué pasa. No contestan. Alguien le había abierto la puerta y le había tirado un papel cagado en la cara.

Jueves 16 hs. Según Cristina el problema no es lo que hiciste mal sino reconocerlo, por ejemplo, vos matás a alguien y lo decís, entonces es distinto porque se puede conversar. El problema es no hacerse cargo, es no decir quién hizo las cosas. Los sospechosos son dos: Do y Santiago. Tienen tiempo hasta el final del día, dice Cristina. Al final del día tiene que llegar la justicia. Se lo prometen a Daniel. Mientras esperamos la justicia, la maestra dice que leerán una adaptación de un clásico de la literatura. Al final del día, Daniel, el llorón del inodoro, le dice a Cristina que pisó su palabra. Pisó su palabra, seño, porque la justicia no llegó.

Viernes 23 hs. Ayer me pidieron que escribiera simple. Sin aspiraciones, limpio. El hilo es lo que complejiza, no las frases. Escriba para boludos, dijo el consejero. Lo que requiere explicación no sirve. En las notas no es necesaria la poesía ni el firulete ontológico. Orden. Una cosa, después otra cosa y así. Porque lo que no se entiende no me interesa. Bueno. Pensé todas la semana en el consejo del consejero e hice un bollo de mí.

Jueves 16 hs. A tres cuadras del Hades, sobre el asfalto y entre el público, encontraron a una mujer de edad avanzada, túnica blanca, sin zapatos. Le crecieron alas de sílice y fibra de vidrio. Yace desplumada. Alguien a mi espalda pregunta: ¿será un ángel? Tiempo después, se supo que era una escultura. Unos artistas chinos la habían hecho para ilustrar el fin de las antinomias.





1. Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas que

mediante cangilones
sube el agua de los
pozos y acequias.

2. Pozo de forma
comúnmente
ovalada

del cual se saca
agua con la
máquina.

3. Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda

con asientos que
se desplazan
verticalmente.



ISSN 2077-8422